

LA VIDA EN UN RECUERDO



Pablo René Estévez

A

mi esposa María Luz, que comparte con la Virgen María dos atributos esenciales: el nombre y la luz.

*El recuerdo vive, late,
obra lenta y silenciosamente.*

JOSÉ MARTÍ

Estos son mis recuerdos, girones de la memoria que se niegan a desaparecer con el paso del tiempo. Las huellas de mis padres; los paisajes de la infancia; las tribulaciones en vísperas del triunfo de la Revolución y el “asalto” al cielo; los enigmas de la muerte y el susto del amor, son episodios indelebles de *La vida en un recuerdo...*

VAGOS RECUERDOS DE ARROYO DEL MEDIO

Después de sesenta años, con mi sobrino Israel, visité a Conrado Ponce en Arroyo del Medio. Heredero de Nené y de tía Felina por parte de madre, Conrado vive aún en la vieja casona de tablas y piso de cemento donde Roberto y yo pasamos una noche feliz en plena adolescencia. Recuerdo que mi mamá nos había ataviado con traje y corbata (los únicos desde la niñez) y que se regodeaba pensando en la admiración con que seríamos recibidos por las tías Nata, Felina y Laura, así como por una camada de primos que ni ella era capaz de recordar. Esa noche había un guateque y, al bailar con una de las muchachas más lindas, fui interpelado por un guajirito que no le quitaba los ojos de encima.

—Parece que te gustan los gallos finos —me dijo.

No le respondí, pero al poco rato liberé a la muchacha. Ahora cuando pregunté por su suerte, supe que se había casado con él y vive cerca con varios hijos.

De Arroyo del Medio recordaba la línea del ferrocarril que atraviesa la finca y una copiosa ceiba que se empinaba entre el portal y la carretera. Además, el arroyo de aguas cristalinas y los extensos potreros donde pastaban vacas, caballos y carneros, de los cuales quedan hoy vagos recuerdos. Pero la visita tenía un motivo especial: ir a Fulla Honda por el angosto camino por el que habían transitado, hace más de un siglo, Ana María y Alberto (mis padres), así como Román, Goyo y Felito (mis tíos), que vendían leche, asistían a carreras de caballo, y más tarde, veían la televisión en el único lugar donde existía por aquellos lares: Guaracabulla.

Como la distancia es grande, Conrado pidió prestado un carretón y un caballo, y al filo del mediodía, enrumbamos hacia el poblado. La idea era ver los parajes donde Fernanda y Rafael (mis abuelos) habían criado a sus hijos, y de paso, tirar algunas fotos de recuerdo. Yo sentía que era una oportunidad única, pues tal vez nunca más volvería a aquellas sabanas donde había crecido Ana María y yo había visitado dos veces cuando niño. Quería apresar en una imagen, si era posible, la vida de mis abuelos y de mis tíos en aquellas tierras donde habían trabajado, amado y algunos muerto, cerca de un poblado que siendo el centro de Cuba, no aparece en los mapas.

Cerca del mediodía, bajo un sol ardiente, nos adentramos por un callejón rodeado por casas típicas del campo cubano (algunas con techo de guano), por cuyas ventanas asomaban rostros de mujeres envejecidas y de hombres curtidos por el trabajo de campo. Mientras tanto, Conrado nos iba ilustrando acerca de la vida del poblado, que había tenido un repentino florecimiento cuando se descubrió oro por los alrededores. Frente a uno de los casuchos paramos para preguntar por Sigfredo Estévez, un pariente lejano que, al casarse en plena juventud, vino a vivir en Fulla Honda. Sigfredo no tardó en aparecer y aceptó acompañarnos en un viaje a su pasado, donde yacían enterrados una gran parte de sus propios recuerdos.

Seguimos por el callejón, y a poco andar, divisamos la casa de Pedro Osés, el pintor *nife* que yo había visitado con los colegas de la Uneac. Después de su muerte, se han vendido muchas de sus obras y hasta su casa. Ahora el pintor yace en un humilde túmulo en el pequeño cementerio de Guaracabulla. “Triste suerte la del pintor”, pensé: alguien había descuidado un patrimonio que, una vez desperdigado, será difícil de recuperar. “Al regreso, vamos a visitar su tumba”, prometió Conrado apresurando el paso del caballo sobre las grietas del camino que el tiempo no había cerrado.

FULLA HONDA

Llegué a Fulla Honda sin notarlo. Dando saltos sobre las grietas, habíamos vadeado una escuelita en ruinas que me llamó la atención. Nunca antes había visto una escuela abandonada y un sentimiento de tristeza se apoderó de mí. ¿Qué había pasado en aquellas sabanas rodeadas por matorrales y palmas reales, que bordean el arroyo de Fulla Honda? ¿Cómo era posible que tanta soledad se instalara a la vera de un camino por donde transitaron, algunos hasta envejecer, mozalbetes de espaldas anchas y guajiras de senos robustos, para asistir a holgorios y corridas de caballo en Guaracabulla?

En medio de la sabana paró Conrado para que viera el lugar exacto donde habían vivido mis abuelos un siglo atrás. Yo miraba y me parecía mentira: solo una yerbita fina, la misma que se extendía hasta el arroyo, se levantaba a solo un palmo del suelo, sin la huella de un horcón o de una azucena como en la colina de Las Margaritas, donde me transportaba a los años felices de la primera infancia. Cerré los ojos y, en vilo sobre el carretón, imaginé el bohío de Rafael y Fernanda con gruesos horcones de jiquí y varales de cedro recubiertos con pencas de guano cana. Como en el callejón de Guaracabulla, vi las ventanas simétricas a ambos lados de la puerta y un framboyán que reverberaba con las llamaradas del sol. En una de las ventanas, asomaba el rostro de una mujer de pelo lacio anudado en la nuca con una peineta, mientras un hombre regordete enyugaba a los bueyes debajo del framboyán. Más allá vi la casa de Felito, y, a orillas del arroyo, la de Nata y la de Catalina. Por una guardarraya, Román acarreaba dos botijas de leche, mientras un ternero se mamaba al pie del corral. Con trenzas largas y unos ojos que brillaban como dos bolas de ébano, oh, vi a Ana María, con esa mirada triste que el paso del tiempo fue cincelandando en su rostro. No faltaron gallinas y perros, ni la vaca de ojos desorbitados que se ahogó en el arroyo ante el horror de Rafael... Precisamente, tratando de salvarla murió de un infarto.

Ya el sol se había situado sobre nuestras cabezas, cuando oí la voz de Sigfredo: “No queda nada, pero entre esas yerbitas estaban los horcones. Más allá estaban la casa de Felito y la de Román, y del otro lado del arroyo, la de Nata y la de Catalina”. Israel trataba de descubrir algún vestigio que el tiempo no hubiera sepultado, mientras Conrado observaba en silencio quién sabe con qué recuerdos atravesados en el pensamiento. Pero el caballo

estaba inquieto y no tenía sentido permanecer en medio de la sabana, buscando huellas que el tiempo había borrado. Fue cuando decidimos acampar para tirar algunas fotos.

De regreso, mientras nos alejábamos por el callejón, traté de divisar El relámpago: un sitio cercano donde vivieron Longinos y Nieves, mis abuelos paternos. Ana María y Alberto se conocieron en Fulla Honda y, al juntarse, fueron a vivir con Longinos. Le pedí a Conrado que nos llevara al sitio, pero dijo que no quedaban vestigios de aquellos campos, cuya imagen conservo en una vieja foto de familia. En esa época solo había nacido Elsa, mi hermana mayor, que aparece en la foto. Detrás se ve una palma mocha en cuyo penacho, tal vez, cayó el trueno eternizado en su nombre. En El relámpago se inició la órbita vital de mis padres que habría de continuar en Egido, San Gil, Las Margaritas, Santa Clara, Trinidad y, cerrando el círculo, de nuevo Santa Clara.

Absorto con los recuerdos, no me percaté de que estábamos entrando por el callejón donde habíamos recogido a Sigfredo. Cuando Conrado paró para que se bajara y nos despedimos con un abrazo, tuve la sensación de que nunca más me acompañaría a Fulla Honda: un lugar al que no me disponía a volver. Más adelante, como lo había prometido, Conrado me llevó a la tumba de Pedro Osés. Había conocido al pintor cuando ya eran elogiados sus paisajes paradisiacos, donde la poesía echaba alas. Como puestos de acuerdo, nos quedamos en silencio. Apenas se podía leer su nombre en una lápida despintada, pero una flor solitaria se negaba a morir sobre el humilde túmulo. Cerca de allí, vi también la tumba de Rafael, maltratada por el paso del tiempo y en medio de una soledad rotunda; ni siquiera estaba el celador quien había construido su propio “túmulo” en la entrada del cementerio para protegerse de las inclemencias del tiempo.

Era todo lo que buscaba en Guaracabulla. Había tirado fotos para dejar constancia de mi paso por esos sitios y había tomado notas para no olvidar los detalles. Lo esencial se había quedado en un rinconcito del alma, en un recuerdo vivo de aquellos hombres y mujeres que trabajaron, amaron y soñaron en unas tierras que hoy parecen olvidadas por Dios.

UNA FOTO Y UNA CERCA DE PIÑA

En Egido, a unos veinte kilómetros de Santa Clara por la carretera de Malezas (donde nacimos Roberto y yo), mi papá se hizo cargo de la familia de Longinos, integrada por siete miembros. En total, éramos dieciséis y en esas condiciones, a inicios de la década del cuarenta, nos fuimos empobreciendo pues según cuenta Rolando, el hijo de Fermín: un famoso montero del General Cabrera, en Egido solo quedaron ocho matas de naranja cajela y tres de coco. Como parte de la *viacrucis* que mi mamá achacaba a una brujería de Nieves (su suegra), un día amaneció ahorcado el caballo y mi papá decidió vender las acciones a Cabrera para probar suerte en San Gil, donde yo pasaría los próximos cuatro años.

De esa época, no quedaron recuerdos en mi vida. Por eso, un día le pedí a Mongo que me llevara a Egido por el terraplén de Manaquitas donde posé en una cerca de piña. Según él, allí había estado el bohío donde yo nací el 29 de junio de 1946, dos años antes que Roberto. Así que tendría tres cuando dejé el sitio en las condiciones más precarias que se pudiera imaginar. Al regresar, sesenta años después, supe que había convivido con vecinos (casi todos muertos), que dejaron profundas huellas en la familia. Uno de ellos fue Mongo Machado, a cuya esposa Doraida tuve el placer de conocer: con ella supe que su hijo mayor había sido novio de mi hermana Elsa. Ahora, de esos hombres y mujeres quedan solo sus nombres: Tomás, Tino, Gelasio, Einaldo, y escasos recuerdos que Doraida no olvida. Del Egido de mis padres, quedan apenas la cerca de piña y una foto con Mongo.

SAN GIL

De San Gil, conservo recuerdos que marcaron mi infancia: el más sobrecogedor de todos fue la muerte del abuelo. Nunca olvidaré los gritos de Tía Andrea ni la hosquedad que cambió el rostro de Nieves y la vistió con túnicas negras. Me parecía que algo muy grave, que no lograba entender, había dejado la partida del abuelo y que ya nada sería igual en los dos bohíos. Para colmo, porque las desgracias nunca vienen solas, mi mamá se enfermó... Quizás a causa de la brujería que había matado al caballo. No recuerdo bien los detalles de la dolencia (según ella, del interior), pero sí sus viajes en la Ranchuelera de Pedro para ir a las consultas de Valledor. Lo recuerdo porque mi papá vendió hasta la última vaca para pagar las placas y comprar las medicinas, y porque fue en esa época cuando apareció en la casa el “espantagatos”, la famosa harina con manteca y boniato que reaparecería después, como un *leit motiv*, en mis novelas infanto-juveniles. También recuerdo los vasos de agua con azúcar y el pan con que matábamos el hambre cuando mi papá regresaba al atardecer de Santa Clara, así como los cintarazos que le prodigaba a Rigo, a Neyo y a Mongo, cuando comprobaba que no habían realizado la faena del día. Y, por supuesto, los maravillosos paseos con Tía Andrea por la “Ciudad del Sol”, que describo con deleite en la saga de *Linda*.

Sin embargo, como todo lo que tiene inicio tiene fin, un día mi papá vendió las acciones al General Cabrera, quien quería unir las tierras de San Gil con las de Manacas para dedicarlas a la ganadería, y mis recuerdos quedaron truncos. Así fui a parar al sitio de Las Margaritas, cuando todavía no había cumplido los siete años.

LAS MARGARITAS, EL MACONDO DE MI INFANCIA

“A un lado de San Gil, dos kilómetros hacia el norte por la línea del ferrocarril, irrumpen de pronto unos potreros de verdolaga, lunares de sembrados que parecen acurrucarse entre los pastizales y extensos campos de caña. Eso –además de un arroyo, un güinal, un chucho y quince bohíos entrelazados por trillos y guardarrayas– es La Margarita”. Así concebí sus parajes en *Linda*, a los que he vuelto una y otra vez a lo largo de mi vida.

En Las Margaritas me ocurrieron cosas buenas y cosas malas. Allí conocí a la pareja de la guardia rural que hacía recorridos por el vecindario y ante cuya presencia me orinaba en los pantalones (quizás por los comentarios que hacían mis hermanos). Se distinguían por la marcialidad de sus cuarterones y por la arrogancia con que trataban a los campesinos, muchos de los cuales temblaban cuando los veían acercarse por una guardarraya. Allí murió la abuela con más de noventa años y tío Néstor en plena juventud. En *Linda* cuento con un hálito de magia el velorio en la casa del Curro, donde quedó chamuscado el libro de Mauricio Chapman; una historia que los campesinos exageraban bajo la luz de una chismosa en el tiempo muerto. También cuento la historia de Pirolo, el perro “que se llevó el viento” bajo una tempestad y que reapareció después para montarse en la carreta que transportaba a la familia hacia la Ciudad del Sol.

En Las Margaritas recibí las primeras lecciones con Emérita Veitía, y en tiempo de zafra, acompañaba a mi papá al chucho de donde transportaban la caña hacia el Central Macagua. Aún retumba en mis oídos su voz cuando, aguijón en mano, apuraba a la yunta de pie por las guardarrayas: “¡Arre, Esmeraaalda! ¡Arre, Primaveeera!” También los fotutazos de mi mamá para avisar que el almuerzo ya estaba listo; ni las galletas y el salchichón que iba a buscar por la línea del ferrocarril a la tienda de Julio Alba. De regreso, muchas veces me encaramaba en la última casilla del tren cañero hasta la casa de la abuela... ¿Cómo olvidar los pitazos del gascar que rompían el silencio de los trillos, los incendios que asolaban los cañaverales en el tiempo muerto y el revoloteo bullanguero de los tomeguines sobre las cálidas aguas de Janga?

En el cañaveral que rodeaba al pocito, donde Pirolo “se bebía su imagen”, Elsa se escondía con Iche para sus cuitas de amor y montaba yo en la pipa de agua que Esmeralda y

Primavera jalaban loma arriba hasta la ceiba del patio. Precisamente, desde su tronco salía una luz que recorría los campos por la madrugada; una historia que cuento en una novela que permanece inédita.

De Las Margaritas, aún recuerdo las interminables noches en que, bajo la luz de una chismosa, jugaban al burro mi papá, mis hermanos y el Curro, así como las botellas empapeladas con velas encendidas para la Virgen de la Caridad, en velorios donde Iche encantaba a los devotos con ingeniosos trabalenguas. También recuerdo mis gritos por los trillos cuando Neyo me perseguía con un camaleón y los sofocos de cuando despajaba caña con Roberto para que Rigo, Mongo y Neyo la cortaran y la alzarán por la madrugada. Por último, no olvido el día en que el tiempo muerto se instaló en el sitio y mi papá decidió abandonar las tierras: un episodio triste que cuento en la primera parte de la saga de Linda.

Así transcurrió una etapa aciaga y, a la vez, maravillosa de mi infancia y se inició otra no menos aciaga y maravillosa en la Ciudad del Sol, con nuevos recuerdos alegres y tristes como casi todo en la vida.

DESPUÉS DEL ASALTO AL CUARTEL MONCADA

Llegué al Chambery después del Asalto al Cuartel Moncada, en medio de una incertidumbre que se podía respirar en las calles de Santa Clara.

Con el dinero de las acciones, mi papá había comprado una casa de mampostería en la calle San Carlos y un camión para el trasiego de viandas desde Ciego de Ávila. Pero como campesino inexperto y analfabeto, pronto fracasó en el negocio y terminó con un depósito de ranas, que mi tío José y mi primo Ambrosio pescaban con lámparas de carburo y fijas en los arroyos de Placetas. Fue cuando les perdí el miedo a las ranas y aprendí a descuerarlas para venderlas en los restaurantes. Sin embargo, como a veces escaseaban las ranas o mi papá no lograba venderlas, no tardó mucho tiempo para que cerrara el depósito y terminara con una carretilla, esta vez para el trasiego de viandas y frutas desde la Plaza hacia los barrios marginales.

Por esa época, éramos ocho y el espantagatos reapareció en la mesa. Entonces yo tuve que alternar las clases en la Escuela Pública 43, donde cursaba el segundo grado, con la condición de aprendiz a dependiente en la tienda de Cristino, que quedaba frente a la casa. Aunque no ganaba nada, al menos almorzaba bien y de cuando en cuando Cristino me daba harina, azúcar y café para la casa. El resto de mis hermanos no trabajaban, pues Rigo había fracasado en una venduta por La Vigía y Roberto era muy pequeño. Hilda y La Niña, que ya eran adolescentes, tampoco trabajaban, y para colmo mi tía Juana, al parecer recordando el pasado, vino a vivir con la familia.

Eran años difíciles y pocos jóvenes podían estudiar o trabajar en el Chambery. Uno los veía jugando a las bolas, a los dados o a las barajas en las esquinas, y a veces, en peleas de gallos o de perros que terminaban en trifulcas callejeras. En ocasiones, la perseguidora llegaba chirriando las gomas y, en medio de la desbandada, apresaba a alguno de los jugadores. Recuerdo el día en que Rigo fue atrapado al saltar la tapia de casa se lo llevaron entre gritos y ruegos de mi mamá, que pensaba que lo iban a matar. Por suerte, solo le quitaron los pocos kilos que había ganado y lo soltaron en el barrio aledaño del Condado. Así eran de

extrañas las cosas en el Chambery, donde un personaje llegaba de vez en cuando a la tienda y ofrecía café y azúcar a los clientes... Sin decir quién era ni por qué lo hacía.

No puedo afirmar que conservo recuerdos alegres del Chambery. Allí por poco me ahogo en el Borrotico a los nueve años; a Elsa y a Hilda trataron de forzarles la cerradura de un cuarto que Iche había alquilado en una cuartería; mi papá tuvo que cortar cañas en las colonias de Camagüey y cosechar tabaco en los vegueríos de Cabaiguán, y mis hermanos nunca fueron a la escuela.

De milagro, yo seguí estudiando en la Escuela 43, donde terminé el tercer grado sin dejar de trabajar en la tienda. Pocas veces pude jugar con Bertico, Juancho o los Monguire, mis compañeros de la infancia o montar en la parrilla de la bicicleta de Rigo cuando iba a La Vigía. Aún recuerdo el placer que sentía mirando la yerba que rodeaba los trillos cuando las ruedas se impulsaban loma abajo. Unos años antes, había experimentado la misma sensación en un viaje con tía Andrea y Linda II en el gascar, entre los pastizales de Las Margaritas...

Así andaban las cosas cuando mi papá hipotecó la casa y la perdió. Fue cuando nos instalamos en un casucho de Ciclón y Misionero en el Condado, justo al lado de la tienda de Antonio. Yo acababa de cumplir diez años y mis pensamientos volaban por las nubes.

HIJITOS, ¿CUÁNDO VOLVEREMOS A SANTA CLARA?

Cuando matriculé el cuarto grado en una escuelita improvisada en la esquina de Juan Bruno Zayas y Caridad, la situación en la casa iba de mal en peor. La Niña se enamoró de Israel, el lechero del barrio, y se fue a vivir a otra parte del Condado; Hilda se colocó en una casa de gente rica por la calle Villuendas, y Rigo se hizo casquito y fue a pasar un entrenamiento en el campamento de Columbia.

Ahora éramos solo cuatro bocas, pero a veces el dinero no alcanzaba para pagar el alquiler y mi papá decidió hablar con Antonio para que yo trabajara en la tienda, esta vez por las tardes, pues asistía a la escuela por las mañanas. A pesar de no ganar nada, en la tienda me sentía a gusto pues no solo comía bien, sino que también aprendí a tomar vino de papaya y pasaba las tardes comiendo chucherías: naranjas que yo mismo pelaba en una maquinita, turrón de maní de Jijona o pan con timba, que vendía al menudeo a los niños del Condado. Además jugaba a las casitas con Aydée, la hija de Antonio, debajo de un framboyán que se cogía el patio. Al ser el mayor, casi siempre yo hacía de “papá”, Aydée de “mamá” y Roberto de “bebé”. Pero como suele ocurrir en esos juegos, todo terminó en un ardiente amorío que complicó mi vida detrás del mostrador.

Fue por esa época, precisamente, cuando un zapatero me propuso trabajar en la tienda de un gallego por la calle San Cristóbal donde él arreglaba zapatos. Según dijo, era muy probable que me pagaran algo. Así que adelantado el curso, dejé la tienda de Antonio y empecé a trabajar en la del gallego, a solo unas cuerdas del parque. De esa etapa, aciaga y maravillosa para mí como otras, nunca olvido unas espesas fabadas con abundante chorizo que comía a regañadientes, pues no estaba acostumbrado a comidas tan condimentadas. Tampoco olvido el día en que el gallego me regañó por empinarme una botella de coca cola, pues según él, en la casa se comía bien y no necesitaba tomar nada. Eso me dio tanta rabia que, aunque nunca abrí una botella de refresco, empecé a robarle veinte centavos cada tarde... Hasta que un día cuando la situación empeoró en Santa Clara, levanté los pies y no volví a la tienda.

Fue la última vez que trabajé por la comida y me sentía contento, sin pensar que la alegría dura poco en la casa del pobre... pues un día desperté con la noticia de que mi papá

se había ido de la casa. Ahí no valió que me esmoreciera llorando con Roberto, hasta que no me quedaran lágrimas en los ojos. Pero como Dios aprieta pero no ahoga, mi papá reapareció unos días después anunciando que nos iríamos para Trinidad, donde tía Tila y su marido Saturnino eran dueños del Bar Ametralladora: que además de bar, funcionaba como tienda, fonda, hospedaje, cafetería y quincalla. Mi papá iba a servir en el bar y mi mamá a limpiar los cuartos de la fonda, donde se alojaban los tuberculosos cuando bajaban del sanatorio de Topes de Collantes. Así que un buen día, con la alegría del mundo, subí a una Camberra de la Flecha de Oro, que daba viajes entre Santa Clara y Trinidad. Roberto y yo nunca habíamos viajado en la Flecha de Oro y flotábamos en las nubes, mientras la guagua iba alejándose por la carretera central. Pero mi mamá, al parecer, no estaba tan contenta y dijo una frase que nunca he olvidado a pesar de los años:

“Hijitos, ¿cuándo volveremos a Santa Clara?”

Llegamos a Trinidad muertos de hambre al atardecer. Tía Tila se dio cuenta y, después de repartir besos y abrazos con efusión, nos llevó a la fonda donde Félix, el cocinero negro, me sirvió una completa de arroz con gris, carne con papas y plátanos maduros fritos, que devoré en un dos por tres. No me acordaba de la última vez que había comido algo parecido y me sentía tan feliz, que flotaba sobre el tejado del viejo caserón de Boca y Carmen. Al terminar de comer, un rato después, Saturnino nos llevó a los aposentos donde se alojaban los tuberculosos que bajaban de Topes de Collantes y por los cuales yo sentía un verdadero terror. Más tarde, mientras mi papá y él hablaban de sus cosas, y mi mamá y Tila de las suyas, Roberto y yo hurgamos con Luis (el primo de mi edad) en los recovecos de un platanal que se cogía el patio. A los pocos días, con la anuencia de Tila y el auxilio de Félix, Luis prepararía succulentos platos de carne que los tres devorábamos con vino de papaya debajo de una mata de plátano.

Ya la noche había escondido el platanal, cuando mi mamá me llamó para que viera dónde íbamos a dormir: una destartalada habitación que solo se distinguía del resto por la posición, pues daba directamente a la calle. Tenía dos camas, una grande para ella y mi papá y una mediana para mí y Roberto, además de un escaparate viejo para la ropa. Recuerdo que cuando los casquitos salían de juerga, apenas se podía dormir y hasta resultaba peligroso, pues el techo de tejas no estaba protegido por un entablado. Un día Roberto se encontró en la almohada un pedazo de teja, que había sido rota por un disparo. No obstante, con el tiempo nos fuimos acostumbrando a las juergas de los casquitos, a las tos de los tuberculosos y a los resabios de Tila, quien achacaba a Roberto y a mí los deslices de Luis con el estudio y la asistencia a misas. Según ella, Luis no era tan aplicado como antes y, a veces, hasta inventaba pretextos para no asistir a la misa dominical.

Al cumplir los once años, quizás por los golpes que había recibido en la vida, yo sabía bien que solo estudiando podría cambiar un destino que parecía inexorable: el destino de los pobres que malvivían en los barrios con poca comida, casa y ropa mala, y maltrato en las calles. Así que en el Bar Ametralladora donde tenía garantizado un techo, buena comida y treinta pesos mensuales, contaba con condiciones mínimas para entregarme al

estudio con una devoción que despertaba la envidia de Tila. Por la mañana, cursaba el sexto grado en el Convento (pues había tachado la boleta para saltarme el quinto y acercarme a Luis, que estaba en la superior); por el mediodía, recibía clases de mecanografía casi del otro lado del pueblo y regresaba corriendo para almorzar, ya que a las dos en punto asistía a un curso de inglés. Finalmente, al atardecer, recibía clases de preparatoria para ingresar directamente en el bachillerato. Hubo un tiempo en que mi mamá hasta pagó repasos con el profesor de matemática, quien me echaba en cara que había tachado la boleta para volarme el quinto grado. Fue una etapa intensa de mi vida en que, tras atragantarme con la comida, cogía las libretas hasta las nueve de la noche y me levantaba con ellas antes de cantar los gallos. Por cierto, nunca le perdoné a la abuela que una vez, viéndome atareado con las libretas, me dijo que no perdiera el tiempo pues mi papá no tenía dinero para pagarme los estudios... Según ella, eso lo podía hacer Tila que en esa época le costaba el bachillerato a mi prima Cariñito con unas casas de alquiler.

A pesar de todo, no guardo recuerdos tristes de Trinidad. Logré terminar con notas sobresalientes el sexto grado y me hice mecanógrafo, aunque no pude pagar el título que costaba veintiocho pesos. Por si fuera poco, de contra vi a los rebeldes cuando bajaron por la carretera de Topes de Collantes pues Tila y Saturnino eran colaboradores. En una ocasión, vi con la boca abierta cuando William Morgan puso una ametralladora calibre 50 sobre el mostrador... Al recordar esos años, todavía resuena en mis oídos el bullicio de la calle Boca tras la alocución de Fidel por Radio Rebelde desde Palma Soriano: “¡Revolución sí; golpe militar no! ¡Golpe militar de espaldas al pueblo y a la Revolución no, porque sólo serviría para prolongar la guerra! ¡Golpe de estado para que Batista y los grandes culpables escapen, no; porque sólo serviría para prolongar la guerra! ¡Golpe de estado de acuerdo con Batista, no; porque sólo serviría para prolongar la guerra! ¡Escamotearle al pueblo la victoria, no; porque sólo serviría para prolongar la guerra hasta que el pueblo obtenga la victoria total!”

Un día se organizó un acto en el parque donde habló uno de los jefes del Segundo Frente del Escambray y el entusiasmo fue tal que hasta se improvisó una conga para pedir la retirada de las piedras en las calles. Bajo el frenético ritmo de unos tambores, bailçe y canté hasta perder la voz: “No queremos piedras, piedras para qué; no queremos piedras,

piedras para qué...”. Por suerte, luego se asfaltaron dos o tres calles de la periferia y se conservó intacto el casco histórico de Trinidad.

Fue en uno de esos días inolvidables de enero de 1959, cuando llegó una carta de Rigo. Resulta que al concluir el entrenamiento, lo habían enviado a la Sierra Maestra donde se había alzado con un sargento. Rigo enviaba una foto de la Batalla de Guisa, en la que al parecer había participado. Ahora estaba destacado en un cuartel de Matanzas y, en cuanto tuviera un chance, vendría a vernos. Saber que Rigo estaba vivo era lo que necesitaba mi mamá para recuperar la alegría de vivir y pronto empezó a hacer planes para regresar a Santa Clara, donde a pesar de todo había sido feliz.

La alegría aumentó en la medida en que la Caravana de la Libertad se acercaba a la capital para iniciar una nueva vida, tras la huida de Fulgencio Batista: una odisea que iba a dejar hondas huellas en la poesía del país. El Indio Naborí escribió un poema memorable que le canta a la mañana inaugurada por la Revolución triunfante: la “Marcha Triunfal del Ejército Rebelde”.

¡Primero de Enero!

Luminosamente surge la mañana.

*¡Las sombras se han ido! Fulgura el lucero
de la redimida bandera cubana.*

El aire se llena de alegres clamores.

Se cruzan las almas saludos y besos,

y en todas las tumbas de nobles caídos

revientan las flores y cantan los huesos...

QUIZÁ EN LO ADELANTE TODO SEA MÁS DIFÍCIL

Cuando cogimos la Camberra para Santa Clara, se veía a las claras que mi mamá no cabía en el pellejo: nunca pudo pensar que en poco más de un año ya estaría de vuelta. Esta vez mi papá había alquilado un casucho de madera y techo de tejas criollas en la calle Estrada Palma, donde todavía hoy vive La Niña (con más de ochenta años) y mi sobrino Israel. Recuerdo que la madera estaba carcomida y, aunque mi mamá taponeaba las rendijas con tiras gruesas, muchas veces pescó al vecino tratando de fisgonear a mis hermanas.

De momento, mi papá reabrió la venduta que acababa de cerrar el anterior inquilino, pues por lo menos era entendido en el trasiego de viandas. Sin embargo, por la posición y lo reducido del espacio, no daba para mucho más que espantagatos. Sin embargo, la Revolución había triunfado y no perdía la esperanza de trabajar en alguna dependencia del estado. Mi mamá, por su parte, trató de reunir a la familia y consiguió que Hilda retornara. Ahora dormiríamos los tres hermanos en el primer cuarto.

Como en septiembre empezaban las clases, me matricularon en séptimo grado en la Secundaria Básica número 4, en Candelaria entre Maceo y Unión, a la que asistía con los pantalones zurcidos. No obstante, estaba estudiando y sabía que de un momento a otro mi vida iba a cambiar. Como esperaba, mi papá consiguió trabajo como auxiliar de limpieza en una dependencia del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), que encabezaba el propio Fidel, y cerró la venduta. En tanto Roberto, que no quería estudiar, se fue por un tiempo para la casa de Tía Andrea donde se ganó de mote el nombre de un famoso bandido: Tondike.

Por esa época, Santa Clara seguía siendo un hervidero. Aún estaba fresco el paso de Fidel en la Caravana de la Libertad y se recordaba su discurso en el parque Vidal. Por doquier se veía a rebeldes melenuados, que no habían tenido tiempo o no habían querido cortarse el pelo y por la radio se escuchaba a diario la Marcha del 26 de Julio: “Adelante, cubanos, que Cuba premiará nuestro heroísmo. Pues somos soldados que vamos a la Patria a liberar...” Un día la radio anunció la desaparición de Camilo al retornar a La Habana en un Cesna, después de sofocar una rebelión en Camagüey. Lo buscaron por mar y por tierra, y cuando rodaba una noticia falsa, el pueblo se lanzaba a las calles: unas veces alborozado

y otras deprimido, hasta que Fidel confirmó la desaparición. A partir de ese día, cada 28 de octubre, le dejo flores en un río o en el mar, una tradición que se conserva hasta hoy. A Camilo empecé a quererlo por los comentarios de Saturnino acerca de las proezas de la columna invasora que él comandó en la provincia de Las Villas.

A pesar del entusiasmo, avanzado el curso ya entendía las palabras que Fidel había pronunciado en Columbia, el 8 de enero: “Creo que este es un momento decisivo de nuestra historia. La alegría es inmensa. La tiranía ha sido derrotada. Y sin embargo, queda mucho por hacer todavía. No nos engañemos creyendo que en lo adelante todo será más fácil. Quizá en lo adelante todo sea más difícil”. Pero la Revolución no se detenía y en 1961 Fidel convocó a la campaña nacional de alfabetización, que había prometido en el Programa del Moncada. Se iban a organizar las Brigadas “Conrado Benítez” con un ejército integrado por cien mil alfabetizadores, y yo sería uno de ellos. Según Fidel, era una tarea heroica que debíamos asumir sencilla y naturalmente, como pensaba Martí. Sobre todo, los jóvenes que cursábamos la enseñanza media.

Alfabetizar era un acto arriesgado pues ya habían asesinado a un maestro voluntario, y eso explica la actitud de mi mamá con respecto a mi incorporación a la Brigada “Conrado Benítez”. A eso se unió un hecho fortuito: Rigo y mi cuñada Beba estaban en la casa cuando se suscitó la conversación. Según ella, yo no quería a la familia pues me iban a convertir en carne rusa; una idea que le habían inculcado los enemigos de la Revolución. Sin embargo, permanecí firme y cuando se marcharon, logré convencer a mi mamá (ya que siempre había contado con el apoyo de mi papá). De esa manera, partí para Varadero solo unos días después de la derrota de los mercenarios en Playa Girón, sin saber como luego supe, que nunca más volvería a ser el mismo de antes. No me convirtieron en carne rusa, pero terminé siendo otra persona totalmente distinta.

Alfabetice en Boquerones, un sitio próximo a la Sierpe por la carretera que une a Sancti Spíritus con el Jíbaro, donde había alzados. En la casa de Francisco y Tomasa, a quienes alfabetizaba, sufrí agresiones de uno de sus parientes en un juego de velorio. Me pidió la gorra para pasarla de mano en mano a guisa de prenda, y sin pensarlo, le respondí: “¿Por qué no cogemos la bandera?” La bandera lucía su estrella solitaria en una pared y era el símbolo que me inspiraba por “llanos y montañas”, como lo proclamaba el himno de la alfabetización. En el impase que se produjo, alguien le pidió que dejara tranquilo al brigadista y, al parecer, hizo caso. Años después, cuando conocí los detalles del alzamiento, supe que él estuvo involucrado. Fue cuando comprendí por qué varias veces los milicianos nos habían concentrado en la escuelita.

En la alfabetización cometí un error que pudo costarme caro: me fugué para Santa Clara el Día de las Madres, lo que fue interpretado como una indisciplina grave por la maestra responsable. Un día, ya finalizando la campaña, me dijo que había estado a punto de expulsarme; algo que yo no concebí ni en juego... Al retornar, con la ayuda del farol chino, la Cartilla Venceremos y el manual, me entregué en cuerpo y alma a las clases y concluí con éxito la tarea que Fidel me había encargado. Cuando llegó diciembre, compartí con Eduardo, Luis, Franklin y el resto de los brigadistas el momento solemne en que la

maestra izó la bandera que daba por concluida la campaña: “¡Boquerones, territorio libre de analfabetismo!”

Luego salí en un tren cañero desde Sancti Spíritus para asistir al desfile en la Plaza de la Revolución, un lugar que visitaba por primera vez. Alzando a más no poder un enorme lápiz, no me cansé de gritar en el coro gigante de los cien mil alfabetizadores:

“Fidel, Fidel, ¿dinos qué otra cosa tenemos que hacer?”

Enardecido, una vez más, Fidel me sorprendió cuando dijo que había llegado la hora de estudiar. Era la nueva tarea que nos tocaba, y para cumplirla habló de un plan masivo de cien mil becas. En mi caso, había decidido hacerme Traductor Diplomático de ruso en el flamante Instituto de Idiomas Máximo Gorki, que se había inaugurado en el Reparto Flores.

La Campaña de Alfabetización, sin duda, marcó profundamente a mi generación: una idea que plasmé en un trecho de *Linda sube a las estrellas*, donde el protagonista rememora el último punto del decálogo del alfabetizador: “Pasaría el tiempo y tal vez nunca regresarían a las colinas, pero se iban marcados por la vida del campo y ya no olvidarían aquella luz de la esperanza”. A esa gesta dediqué la obra de teatro *Y me hice maestro*, que guardo con orgullo como uno de los testimonios más sentidos de aquellos años turbulentos y felices de mi generación. Precisamente, en ella relato los sucesos de la aciaga noche con Rigo donde estuvo en juego no solo mi condición de brigadista, sino también mi propio futuro. Por suerte, encontré fuerzas para no torcer el rumbo de mi vida y la Revolución me premió. Sé que cometí errores de los que pude lamentarme, pero nunca perdí el rumbo ni dejé de pertenecer al bando de los agradecidos.

ADIÓS A LA ADOLESCENCIA

A principios de 1962, después de unas vacaciones cortas, cogí un tren para matricular en el Instituto de Idiomas Máximo Gorki. Apenas llevaba un maletín, pues me entregarían un uniforme parecido al de la alfabetización, solo que ahora con una franja anaranjada en las mangas. Esta vez no usaría boina, y las botas probablemente no serían rusas.

Muchas cosas acudían a mi mente mientras el tren se alejaba de Santa Clara. Había estado casi un año fuera de la casa apenas con catorce años y ahora no sabía cuándo iba a retornar... ¿Será que mi mamá lo resistirá?”, me preguntaba. Su salud iba de mal en peor y yo no confiaba mucho en los médicos. No obstante, cuando dejaba de pensar en ella, me sentía feliz; pues conocería un mundo nuevo que la Revolución había abierto para los jóvenes. No sabía cómo sería ese mundo ni cuál sería mi suerte, pero confiaba en mis fuerzas y en mi voluntad para vencer aún en las circunstancias más desfavorables. De la Unión Soviética, había escuchado poco en la escuela, sin embargo tenía curiosidad por saber más sobre un pueblo que había realizado la Revolución de Octubre. Y claro, estaba entusiasmado con el ruso, una lengua que resultaba exótica para los cubanos y de la cual yo sería nada menos que Traductor Diplomático. Eso tal vez me permitiría conocer a la Unión Soviética, un viejo sueño compartido con varias generaciones de cubanos. Pensando en todo eso me quedé rendido, y al filo de la medianoche, desperté de pronto al son de una conga callejera que recordaría por el resto de la vida: “¡La ORI, la ORI, la ORI es la candela; no le digan ORI, díganle candela! ¡Si vienen por Manguito, les doy con el palito; no le digan ORI, díganle candela! ¡Candela, candela, la ORI es la candela...!” Y así, mientras el tren estuvo parado en el andén. El resto del camino lo hice despierto, atribulado con viejos recuerdos que habían dejado un vacío en mi alma cuando apenas empezaba a vivir.

Inicialmente, junto con un sinnúmero de brigadistas, me ubicaron en una mansión del Reparto Siboney, cerca del famoso Laguito, donde pude liberar las energías de una adolescencia reprimida. Hoy me parecen mentira los excesos que nos permitieron en esos días difíciles y maravillosos, cuando los desheredados ocupamos las majestuosas residencias de la antigua burguesía. Me sentí en la casa como un potro cerrero en un cuartón sin fronteras: todo el día

comiendo, corriendo, jugando... Recuerdo que el juego preferido consistía en colocar jarros de agua fría en las puertas de los cuartos para cuando alguien entrara o saliera se empapara. Otras veces entablábamos combates entre las literas, donde los proyectiles preferidos eran las almohadas. En fin, no teníamos límites para la libertad que se nos había entregado y para la cual no estábamos preparados. Solo tiempo después conocería yo la diferencia entre “libertad” y “libertinaje”, pero al parecer era el precio a pagar por la posibilidad de ser libres. Después de transcurrido tal vez un mes, nos ubicaron en una mansión de la calle 182 del Reparto Flores, a solo dos cuadras del mar, y empezamos las clases en un edificio de la antigua Universidad de Villa Nueva.

En general, la vida en Máximo Gorki se regía por reglas espartanas y a veces no sabía si era civil o militar. Formaba parte de un pelotón y marchaba constantemente, casi siempre por calles aledañas a los albergues de las hembras, quienes vivían bajo la tutela de las “makarenkos”: unas maestras famosas por su belleza y rectitud. En los albergues, también teníamos reglas estrictas de convivencia para estudiar, comer y dormir, aunque se nos permitían algunas licencias: como aquella de mirar por las persianas de los cuartos del segundo piso para ver a las profesoras de ruso cuando cogían el sol en la terraza de una casa aledaña.

Había otro detalle que merece la pena recordar: la extraordinaria belleza de muchas de ellas...jóvenes, rubias, de ojos claros y, por encima de todo, muy dulces. Al menos así me pareció a mí cuando, al entrar al aula, vi por primera vez a Valentina Voitiuk, oriunda de la ciudad de Shitomir, en Ucrania. Su belleza me pareció celestial, un sentimiento que plasmé con devoción en uno de mis primeros cuentos: “La pequeña travesura de un ángel”. Con Valentina aprendí a cantar “Noches de Moscú”, a recitar los versos de Alexander Pushkin y a disfrutar los “Cuentos de Italia”, de Máximo Gorki”, uno de mis autores más admirados.

Una gran influencia ejerció en mí el contacto con la vida y la obra de Gorki, a quien Valentina reservaba un lugar especial en sus clases. Me quedé encantado con sus cuentos y debo reconocer que conjurar su espectro me costó mucho trabajo, pues su forma de abordar la vida y la literatura perduró en mi sensibilidad: posiblemente, a tenor con la influencia que ejerció en mí Valentina. Recién la vi en una foto y me dolió el destrozo que el tiempo

había ocasionado en su rostro, aunque imagino que no haya lacerado los sentimientos que encantaron los últimos años de mi adolescencia.

De Gorki, no olvido las visitas al teatro Carlos Marx, que formaban parte de la formación integral que querían darnos los profesores. No sabía aún qué difícil sería realizar esa aspiración de la pedagogía revolucionaria que el Che sintetizó con una frase singular: “El hombre del Siglo XXI es el que debemos formar”. Tampoco olvido las correrías dominicales por los predios del *Coney Island*, ni los chapuzones en el Morrito, desde cuya torre nos tirábamos de cabeza al mar... Poco a poco, en la medida en que avanzaban las clases, fui aprendiendo palabras como “tavarich”, “druzhva” y “pirivodchik”, que formaban parte de la vida cotidiana. Algunas letras del alfabeto resultaban difíciles de pronunciar, pero no eran un obstáculo insalvable en el empeño de graduarme de traductor diplomático; dos palabras que, aunque nunca lo confesé, me sonaban como cascabeles en los oídos. Esa más o menos era la situación en Gorki, cuando se desencadenó un acontecimiento que puso al mundo al borde de la guerra.

EL PICO TURQUINO

Cuando se desató la Crisis de Octubre, me encontraba recogiendo café en la Sierra Maestra. Había llegado con Reinier a Taita José unos días antes y no sabía lo que estaba pasando en el resto del país. Oía un runrún acerca de los cohetes soviéticos y la alarma que habían provocado en los Estados Unidos, pero absorbo con la majestuosidad del lomerío, poco significaba para mí. Cuando supe que Pedro, un hijo del dueño del cafetal, era práctico en el ascenso al Pico Turquino, quise escalarlo pues era una oportunidad que, tal vez, nunca volvería a tener. Fue así como, a los pocos días, Reinier y yo preparamos los jolongos y, con Pedro al frente, bajamos por un trillo en vuelta de Palma Mocha. Como se corría la bola acerca de la presencia de contrarrevolucionarios en la zona, Pedro se enganchó un viejo revólver que usaba con su traje de miliciano, y, en fila india, enrumbamos hacia el pico más alto de Cuba, donde un busto de Martí nos estaba esperando.

Fueron dos días sin descanso en los que atravesamos más de veinte sitios subiendo y bajando por empinadas cuestas, algunas veces casi hasta el desmayo. Así lo hicimos el primer día desde Taita José a Palma Mocha, donde acampamos en unos manglares a la orilla del mar, y el segundo día, desde Palma Mocha al Pico Cuba, donde por suerte fuimos agasajados por dos custodios que nos dieron comida y cobijo para reponer las fuerzas y ascender, antes de caer la noche, al Turquino. Según Pedro, el último tramo era corto aunque escarpado y peligroso. Aun así, partimos felices con la idea de coronar la victoria, y, al pie del busto de Martí, besar la tierra y extasiarnos con la belleza del lomerío que se pierde entre las nubes. No sé el tiempo que estuve tratando de fijar en el recuerdo aquel momento único de mi vida tan cerca del cielo. Me preguntaba cuántas veces habría llegado Fidel hasta allí para besar la misma tierra, y cuántos combates habría librado en sus laderas... Pedro nos había hablado sobre el combate de la Loma del Infierno, por donde pasaríamos el día siguiente.

Esa noche dormimos a pierna suelta en una barraca, y, antes del salir el sol, emprendimos el descenso con un papel firmado donde constaba el día y la hora de la escalada; una precaución que había tomado por si alguien dudaba de mi hazaña, que por supuesto no estaba contemplada en la recogida de café. El regreso ya no sería tan aciago, a

pesar de que la carga nos parecía más pesada. Bajábamos aceleradamente, a veces vadeando el río de la Plata con cuyas aguas frías y cristalinas saciábamos la sed, y otras veces escuchando el canto de los tomeguines o el repiqueteo de un pájaro carpintero en alguno de los árboles centenarios que rodeaban los trillos.

Solo un percance de poca monta nos hizo reír a carcajadas, pese a las trágicas consecuencias que pudo tener. Ocurrió cuando Reinier se dispuso a preparar un flan mágico en el pequeño cobertizo que alguien había improvisado a la vera del camino, mientras Pedro y yo conversábamos en la parte de afuera. Cuál no sería nuestra sorpresa, cuando oímos una explosión y vimos a Reinier con las manos en la cara, limpiándose los restos de la leche condensada. Así supimos que no había puesto la lata en baño de María: algo que, según dijo, no olvidaría por el resto de su vida. Por suerte, fue solo un susto que nos impidió celebrar la victoria con un flan mágico, aunque no flotar con el pensamiento sobre la inmensidad de aquellas montañas, hermosas y pletóricas de acontecimientos históricos.

Maltrechos y contentos, llegamos al anochecer del tercer día a Taita José. Yo me sentía feliz y admirado por la pericia de Pedro, quien nos había conducido con destreza por los parajes más abruptos de la Sierra Maestra. Había realizado una proeza que no logré repetir, aunque lo intenté varias veces. La escalada al Turquino es uno de los recuerdos más preciosos que guardo de Taita José, y no fueron pocos. Con el tiempo escribí “Cuentos de Taita José” que, por escrúpulos del oficio, nunca llegué a publicar. Pero no he olvidado a Pedro ni a Reinier, ni los peligrosos descensos a Las Vegas de Jibacoa bajo aguaceros torrenciales. Tampoco he olvidado los esporádicos ascensos a Minas de Frío, cuya pendiente le ponía los pelos de punta a los más osados. En fin, fueron días difíciles y maravillosos que me templaron el alma cuando la adolescencia ya iba de pasada.

Al descender por última vez a las Vegas de Jibacoa, con esa sensación de tristeza que da partir sin la certeza de un retorno, tuve la impresión por segunda vez en mi vida de que no era el mismo. Había crecido física y emocionalmente, y fue eso quizás lo que percibió Esmeido al regreso cuando me propuso para ingresar en la Unión de Jóvenes Comunistas: un motivo más para no olvidar aquellos años en Gorki.

LA VIDA SE LE ENTREGA AL HOMBRE UNA VEZ

De Gorki me acechan algunas aprensiones que vienen a mi mente en los días de nostalgia. Una de ellas fue un inusitado comentario de Valentina acerca de una supuesta simpatía del Che por los chinos. Casualmente, en esa época empezaba a circular la revista “China Reconstruye”, que yo leía con placer cuando caía en mis manos. También me acechan cuitas de amor y madrugadas de insomnio en las que liberaba instintos reprimidos en una adolescencia donde el sexo se consideraba poco menos que un tabú.

Cuando pienso en las intensas y a veces turbulentas experiencias de Gorki, más de cincuenta años después, afloran a mi mente gratos e ingratos recuerdos. Sin embargo, siempre queda un dulce sedimento en el alma por haber tenido la oportunidad de estudiar en él y de conocer, de primera mano, la historia de la Gran Revolución Socialista de Octubre y de la literatura rusa, con cuyos cuentos y relatos aprendí a escribir. No obstante, el curso de mi vida cambió cuando empezaron a llegar a Cuba los asesores militares rusos. Hacían falta muchos traductores, sobre todo para las unidades de cohetes antiaéreos, y los traductores diplomáticos éramos muy codiciados; sobre todo, los jóvenes comunistas. Y fue así como en los inicios de 1964, me despedí de Valentina para trabajar como traductor en la Unidad Militar 3702 de la Defensa Aérea y Antiaérea del Centro, y concluí los estudios de ruso cuando ella ya se había ido, dejándome una foto con una frase inmortal del escritor Nikolai Ostrovski:

A mi indócil alumno René de la profesora de idioma ruso Valentina, con profunda estimación y el deseo de que toda tu vida sea limpia, buena, y que tus actos y tus pensamientos sean en bien de tu Patria, a la que yo amé con todo el corazón y vivirá por siempre en mi recuerdo.

Cuando pienses en Valentina, recuerda lo que ella quiso que ustedes comprendieran: “La vida se le entrega al hombre una vez y es preciso vivirla de manera que no sienta dolor por los años transcurridos en vano, ni vergüenza, y que al morir, pueda decir: todas mis fuerzas, toda mi vida, fueron consagradas al bienestar de la humanidad”.

TRADUCTOR MILITAR

Después de una breve estancia en el Estado Mayor de la DAAFAR, donde nos entregaron uniformes de color verdeolivo, seis de los traductores fuimos destinados a la Unidad Militar 3702 en Santa Clara. Eso compensó un poco mi desilusión por interrumpir los estudios de traductor diplomático, tras lo cual esperaba ser enviado a uno de los países del CAME y, si tenía suerte, a la embajada de Cuba en Moscú. Pero ahora mi destino había cambiado de repente, y aunque no me consideraba militar, tal como nos había prometido un comandante, lo cierto era que estaba uniformado y con par de botas rusas, que parecían hechas para caminar sobre el diente de perro.

Volví a la casa dos años después de haberla abandonado, sin saber cuánto iba a extrañar las caminatas por la Quinta Avenida para asistir a clases; las papillas con que saciábamos el hambre en la medianoche, y sobre todo, la ausencia de Valia, cuyos ojos me recordaban el cielo azulado de los atardeceres en el parquecito de la Audiencia. Esos recuerdos habrían de perseguirme en la soledad de las barracas, a las que nunca pude acostumbrarme.

Sentado frente a una barraca de la Base Aérea, adonde había llegado con Juan y Domingo uno de los últimos días de mayo, supe que era militar al no cuadrarme ante un teniente: “¿Usted no saluda a los oficiales?”, me preguntó. “Soy traductor”, le dije. “Ah, traductor, dijo sonriendo, ¿y qué haces con ese uniforme?” Fue cuando comprendí que era soldado y que, como tal, debía saludar a los oficiales. No tengo que decir el trabajo que me costó adaptarme a la vida militar en la Base Aérea, ni el miedo que tuve que vencer durante la primera guardia, después de escuchar las truculentas historias de los soldados más viejos.

Todavía recuerdo el día en que preguntaron por el mejor traductor y Juan dijo que era yo, pues eso selló mi suerte durante los próximos cuatro años. Uno de los eventos más desastrosos de mi vida como traductor militar ocurrió de inmediato, cuando me llevaron a traducirle a un técnico de palas que asesoraba al subteniente Pierre en el Escuadrón de Helicópteros. Tras un lacónico saludo de “eh, *piribodchik*”, Pierre dijo: “Dile al *bolo* que una pala del H-45 se partió por la costilla 57”. Yo no sabía que a los rusos (que además podían ser ucranianos, bielorrusos o de otras nacionalidades) le decían “bolos” ni cómo se

traducía. Tampoco sabía que “pala” era el aspa de los helicópteros, ni que “H-45” era la sigla que identificaba a uno de los helicópteros. Por supuesto, tampoco sabía que “costilla” era la nervadura que sostenía el percal de las aspas, y le dije al técnico que la “pala” (de palear tierra, la única que conocía), se había roto. Por la cara que puso, me di cuenta que Pavel (así se llamaba el “bolo”), no había entendido ni jota. Entonces, viéndome colorado como un tomate, Pierre me puso una mano sobre el hombro, y, paternalmente, me dijo: “No te pongas así, *piribodchik*, que eso mismo le pasó a Juan al principio”. Juan era un traductor de Matanzas que le traducía a Andrei, el asesor de los pilotos del escuadrón de aviones. Así fue como Juan me aconsejó que anotara las palabras nuevas en una libretica que aún conservo, y en cuestión de tres o cuatro meses, ya yo dominaba el vocabulario técnico básico y podía traducir sin consultar el diccionario. Era verdad que aún no era un lince (como Juan), pero ya me estaban saliendo las garras... Con el tiempo llegué a trabajar con varios bolos a la vez, hasta que me designaron a una unidad de cohetes antiaéreos en vuelta de San Diego, donde les traducía a tres asesores.

Fueron años en que la energía me alcanzaba para sobrepasar cualquier límite. Me despertaba al filo de la madrugada y, después de un desayuno frugal, salía a pie para la carretera de Malezas a fin de coger una “botella” en alguno de los camiones de la construcción y así llegar a la Base Aérea, muchas veces tullido por el frío. De ahí, me encaminaba hacia el Estado Mayor (a unos dos kilómetros de la carretera) para esperar a los rusos y después me iba con Pável a la plazoleta de los helicópteros, donde echaba el resto del día. Por la tarde, retornaba a la casa, me bañaba, comía y salía para la universidad donde cursaba la Facultad Obrero-Campesina. Cuando terminaban las clases, a las once de la noche, salía del aula corriendo para no perder la “confronta” y acostarme lo antes posible para madrugar el día siguiente. Estudiaba a retazos: en los momentos en que no traducía, después de almuerzo y en los viajes de ida y regreso a Santa Clara.

Hoy, cuando recuerdo aquellos años heroicos y románticos que vivió mi generación, muchos episodios alegres y tristes vienen a mi mente, dejando un hálito de nostalgia o dolor. ¿Cómo olvidar al técnico con las piernas cercenadas por un cohete accionado por su compañero, desde la cabina de un MIG? ¿Cómo olvidar la vez que vi en Loma Pelada, a través de una ventana, al joven Comandante que comandaba a las Fuerzas Armadas Revolucionarias, de las cuales yo era traductor? ¿Cómo, los vuelos con el Capitán July, el

jefe del escuadrón, sobre el lomerío del Escambray? Aún recuerdo con pavor los primeros vuelos cuando July hacía unos giros inesperados, dejaba caer al helicóptero en picada o “flotaba” sobre las nubes, y se me ponía la carne de gallina. A veces, con la cara pegada a una ventanilla, trataba de adivinar dónde estaba mi casa; sobre todo, en los vuelos diurnos, cuando July hacía pases rasantes sobre los barrios de la periferia. En fin, ¿cómo olvidar el fatídico día en que el Mig del Capitán Mora cayó en Maguaraya o el día en que Andrei fue murió en la guerra de Angola? ¿Cómo olvidar el orgullo que sentí cuando supe, años después, que Arnaldo Tamayo, el piloto con cara de niño con quien me cruzaba casi todos los días en el Estado Mayor, se había convertido en el primer cosmonauta de América Latina?

LOS AÑOS DUROS

La década de 1960 fue difícil para mi generación. Pronto las palabras proféticas de Fidel: “Quizás en lo adelante todo sea más difícil”, se hicieron realidad y las carencias se hicieron sentir con rigor, especialmente, en la generación que empezaba a dar los primeros pasos por la vida. Tal vez, pensando en eso, un joven escribió un libro con un título revelador: “Los años duros.”

Sin embargo, no iba a ser la única calamidad en mi vida personal. Muy pronto mi mamá debutó con una neurosis y tuve que acompañarla en frecuentes paseos vespertinos para atenuar los desvaríos que apenas la dejaban dormir. Recuerdo con tristeza la vez que la llevé al Palacio de Pioneros y un custodio con la mente retorcida me dijo que no estaba permitido, pensando que se trataba de una pareja. “Es mi mamá, está enferma de los nervios”, le dije y me fui dejándolo en una situación embarazosa. No fui más al Palacio de Pioneros, ni olvidé aquel percance que me hizo recordar la “enfermedad de la razón”, de la que había hablado con lucidez el filósofo alemán Max Horkheimer. Sin ternura, el custodio se había convertido en un robot. Varias veces ingresé a mi mamá en el hospital psiquiátrico de Santa Clara para darle electroshock, y más tarde, en Mazorra donde un día intentó ahorcarse con una sábana.

En esa época, aún tuve fuerzas para enfrentar una injusticia: la presidente del comité le informó a la policía que Roberto no estudiaba ni trabajaba, lo cual era falso, y logró que lo metieran en las UMAP. Pero no satisfecha aún, empezó a decir que yo hablaba mal de la Revolución y logró que la contrainteligencia me investigara... ¿Cómo olvidar esas vilezas de quienes, según el Che, debían aspirar al escalón más alto de la especie humana? Sin embargo, eran años duros. Es verdad que la contrarrevolución fue derrotada y el Escambray quedó casi limpio de bandidos, pero las amenazas no cesaban y la Revolución tenía que defenderse. Eso tal vez explique los juicios que presencié en la Base Aérea, donde los bandidos eran juzgados en una barraca y luego fusilados en una plazoleta aledaña. Aún recuerdo uno de aquellos juicios en que el capitán July le preguntó al acusado (un negro de pasa alborotada de color ocre, que se ufanaba de ser “capitán”): ¿qué hacían con los niños? Y el “capitán”, sin inmutarse, le respondió que le entraban a patadas por el culo... No era

igual, empero, el semblante del reo que lo secundaba; un guajirito con cara de infeliz que parecía haber tomado un camino errado por el cual tenía que pagar ahora. Cometí el error de asistir por curiosidad al fusilamiento pues, a pesar de todo, es triste ver cuando un hombre le quita la vida a otro. Algo debe andar mal en el mundo, a veces pienso, para que eso ocurra tan a menudo.

Dejé el uniforme verdeolivo cuatro años después de haberlo recibido en el Estado Mayor. Como estaba terminando la Facultad Obrera, fui liberado de cortar cañas: un requisito indispensable para los que se licenciaban. Como en esa época la mayoría de los asesores habían retornado a la Unión Soviética, los últimos meses los pasé traduciendo documentos en la Unidad Militar 3702. Eran días monótonos entre diccionarios, donde no tenía necesidad de emplear la imaginación ni la creatividad; precisamente, dos capacidades esenciales para la creación literaria a la que quería dedicar mi vida. Estaba vinculado a los talleres literarios y sabía cuán tortuoso era el oficio de escritor desde que Valentina puso en mis manos “Cuentos de Italia”, de Máximo Gorki. Sumergido hasta los tuétanos en lo que ella denominaba el “alma rusa”, leí apasionadamente a sus poetas y novelistas, muchos de los cuales habían sido publicados en las colecciones Huracán y Cocuyo. A la vez, hacía los primeros pininos en los manuales de filosofía marxista-leninista, que empezaban a circular por el país. Recuerdo con indulgencia al “Konstantinov”, que con el tiempo casi llegué a recitar. Y por supuesto, a los bolos que conocí en la Base Aérea y cuya entrega al trabajo admiré en las plazoletas. Luego comprendí, no sin cierta frustración, que no pocos habían perdido la ternura: quizás una expresión de la fragilidad humana de la que no escapan los hombres que hacen la revolución.

UN RECUERDO ALEGRE Y UNO TRISTE

Después de licenciarme, inicié la vida laboral como profesor de matemática en los cursos de capacitación de Planta Mecánica, una fábrica que el Che había inaugurado en las afueras de Santa Clara. Allí renació mi vocación de maestro que había iniciado en la campaña de alfabetización, aunque ahora con torneros, fresadores y técnicos de una fábrica de maquinarias. Eso estimuló mi ansia de superación y me llevó a matricular en la Facultad de Tecnología de la Universidad Central de Las Villas, donde me empeñé en el estudio de la matemática. Fue otra etapa intensa de mi vida, pues de profesor en Planta Mecánica pasé a ser jefe del Departamento de Matemática en la Facultad Obrero-Campesina, y posteriormente, profesor de Español: ya que había decidido matricular Letras acoguéndome a la ley 258 para trabajadores que cursaban carreras universitarias.

En esa época, ya me había casado y vivía a solo dos cuadras de mi casa por la calle de Estrada Palma, justo antes de llegar al puente americano. Cuando eso recibía una subvención de noventa pesos, que eran suficientes para cubrir las necesidades más elementales en una situación en que casi todo estaba normado por la libreta de abastecimiento y algunos artículos como relojes, televisores y refrigeradores, se entregaban por méritos laborales.

Del año 1969, guardo un recuerdo alegre y otro triste. En el mes de septiembre, ingresé en la Escuela de Letras para realizar uno de los sueños más importantes de mi vida e impensable para el hijo de un pequeño arrendatario en el gobierno de Batista. Sin embargo, en el mes de julio murió mi mamá, después de una larga agonía en la que su espíritu nunca encontró paz. Fueron días tormentosos en los que la Niña me despertaba de madrugada, porque mi mamá le quería prender fuego a mi papá. Entonces yo la acompañaba con la encomienda de calmarla, aunque sabía de antemano que nunca iba a lograrlo.

Un día tuve que llevarla de urgencia al hospital viejo porque se quejaba de un dolor abdominal, pero el médico de guardia no quiso ingresarla. Fue el error que selló su suerte: al día siguiente, viendo que el dolor le arreciaba, volví a llevarla y esta vez la ingresaron. Sin embargo, el cirujano de guardia se encontraba fuera de la ciudad, y cuando consiguió operarse, ya resultó tarde. Según la autopsia que le hicieron de inmediato, murió de la ruptura de un aneurisma que durante años le había provocado aquellos dolores, y que no habían podido diagnosticar ni

los médicos más famosos de Santa Clara. El cirujano dijo que de haberla operado el día anterior, no hubiera muerto: ¡Un triste consuelo que nos dejó! Solo cuando la enterramos en una humilde tumba del cementerio, comprendí lo que significaba su muerte: una ausencia infinita y un recuerdo que sobrevive en unos versos.

*Madre,
en este pedazo de piedra
ya no crecen flores.
Los días, igualmente,
fueron borrando tus perfiles mejores,
y un ave negra anidó en tu sombra.
Ahora los recuerdos
giran perezosos sobre tu losa
y un viejo reloj cuenta sus horas.
Un día, el ave poderosa
los cubrirá de escombros,
y en tu pálida fosa
morirán mis recuerdos.*

Justo antes del entierro llegó Rigo y habló largo con mi papá. Después se despidió con la misma parquedad con que lo había hecho en vísperas de la campaña de alfabetización. Esta vez, sin embargo, sería para siempre. Ni siquiera vino a su entierro... De él solo me quedan unos versos y una vieja foto de la Batalla de Guisa donde, al parecer, participó.

Matricular en la Escuela de Letras fue un regalo, a pesar de los estereotipos que pululaban por los pasillos de la universidad, en una época donde lo estipulado era ser “duro”. Algunos homofóbicos me miraban con recelo pensando que tal vez fuera *gay* o afeminado, mientras que otros estudiantes de facultades estipuladas como duras, me tildaban de abelardito o de culturoso, lo que se consideraba un “problema ideológico”. Por otra parte, la Licenciatura en Letras no constituía una prioridad en un país que, desoyendo a Martí, había relegado la formación de agrónomos, veterinarios e ingenieros. Sin embargo, como se demostró en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, en 1971, al corregir ese error se incurrió en otro: subvalorar el papel de la Educación Artística, una inconsecuencia criticada por Rafaela Chacón Nardi, Mirta Aguirre y Raúl González de Cascorro en el congreso. No obstante, dichos prejuicios no disminuyeron mi interés por la carrera ni mi voluntad para seguir los pasos de Máximo Gorki, cuyos Cuentos de Italia me había obsequiado Valentina.

Hoy cuando evoco esos días maravillosos de mi juventud, vienen a mi mente un sinfín de recuerdos de la universidad, y no solo de los años en que fui alumno o profesor, sino de antes y después, cuando todavía no había entrado o ya me había ido... Fue a principios de 1960, tras retornar de Trinidad, cuando por primera vez puse mis pies en ella, pero sabía que el Che había instalado la Comandancia en una de sus aulas durante la Batalla de Santa Clara, y eso había exacerbado mi curiosidad. Sin embargo, la universidad también sobresalía por la belleza de sus edificios y de sus paisajes, y muchas veces la visité para contemplarlos con sana envidia. Me llamaba la atención la limpieza de sus pasillos y veredas, la exuberancia de sus árboles (algunos centenarios) y las matas de mango y de coco que le daban un retoque especial al rectorado, al comedor central y a Las Antillas. Me tiré fotos en el “árbol de la mentira” donde escuché los cuentos más disparatados en boca de los alumnos de los años superiores; casi siempre chistes picantes sobre profesoras o truculentas historias como la del muerto que se fue de rumba. No olvido las anécdotas sobre los desplantes de Samuel Feijóo, quien no encajaba en el estilo almidonado de la academia. Quiso el destino que yo encabezara el Departamento de Folclore que él había creado y pudiera aquilatar la fabulosa creatividad de su pensamiento. En el libro *Sesenta años*

después: crónicas de la Universidad de Las Villas, Misael Moya recopiló una parte de la historias que las viejas generaciones de estudiantes y profesores traspasan a las nuevas. Entre ellas, una crónica mía sobre el “secuestro” de Jaime Crombet, primer secretario de la ujutacé, la noche en que se efectuaba una asamblea de balance.

La universidad dejó en mí recuerdos y añoranzas que han resistido la prueba del tiempo. Aunque la lejanía los ha ido convirtiendo en girones de un pasado que flota a la deriva en mi memoria, siempre queda un sedimento que sobrevive: sea porque la seducen con el encanto de la nostalgia o porque la hieren con el filo de algún agravio. Por eso, pienso que la universidad fue para mí una escuela de vida en una era que, al decir de un joven trovador, estaba “pariendo un corazón”. Inmerso en el movimiento dialéctico que hacía parir a la era, no siempre supe ajustarme a la medida que aconsejaba la cordura y apelé a la compulsión como medio en el trabajo político-ideológico. Habiendo reingresado en la ujutacé en 1969, me convertí en un “comecandela” y llegué a ser vicepresidente de la Asociación de Estudiantes, secretario del Comité de Base de la Facultad, y, posteriormente, Director de la Revista Criollo. Participaba en las actividades estudiantiles creyendo que era más dirigente que estudiante, en una etapa donde era usual ver al rector con botas y al secretario de la juventud con un revólver en el cinto. Pero, ay, no era todo: bajo la influencia de un marxismo aplatanado, me declaré ateo y combatía los “rezagos” religiosos de estudiantes y profesores. Por ese motivo, no fueron pocos los encontronazos en las aulas, en especial, en la Zafra de los Diez Millones cuando fungí como político en un batallón de movilizados.

De los años duros en la universidad, me vienen a la mente las intensas jornadas de preparación combativa donde tuve que comandar a mis propios profesores. Aún recuerdo, no sin cierto pudor “patriótico”, las prácticas de tiro con las “cuatrobocas” en Rancho Luna, algunas de cuyas incidencias incluí en *Cuentos de la Universidad* (un cuaderno todavía inédito), y la práctica preprofesional en Melaíto donde hice pininos como escritor humorístico bajo la impiadosa mirada de Pedro, Roland y Castell. Más tarde, cuando cursaba el tercer año, di clases de Historia Contemporánea en el preuniversitario “Osvaldo Herrera”. ¡Con cuánta emoción escuché a una mujer en una sesión de fisioterapia, cuando dijo que había sido mi alumna y que había sentido admiración por el apuesto estudiante de Letras!

¿Cómo no recordar las caminatas por la provincia de Oriente para conmemorar el aniversario de la muerte de Carlos Manuel de Céspedes en San Lorenzo o de Martí en Dos Ríos? Aún conservo fotos de un joven con un pulóver de la FEU, un sombrero de yarey y la mochila de la alfabetización, en sitios campesinos situados entre La Demajagua y San Lorenzo. Allí, en una humilde barraca en la cima de una loma, tuve la dicha de posar con el comandante Juan Almeida, quien me pidió con humildad que le hiciera llegar la foto. En otra ocasión, tuve la dicha de caminar por Playitas, donde desembarcó Martí en la Guerra del 95, y más tarde, acampar junto a una fogata en el lugar exacto donde él lo hizo la víspera de su caída en Dos Ríos.

En esta etapa, también tuvieron lugar hechos que marcaron mi vida personal como el nacimiento de Renecito, mi primer hijo, en 1970; el divorcio cuatro años después, y, al terminar la carrera, el segundo matrimonio con Mary, mi actual esposa. Como estaba acogido a la Ley 258, me habían aumentado veinte pesos de estipendio, lo cual resultaba holgado para mi estilo de vida sumamente austero pues no bebía, no fumaba y no comía en restaurantes de lujo. Una gran parte del tiempo lo dedicaba a las actividades universitarias y el resto a los contenidos de las disciplinas con un elevado volumen de información y a la creación literaria. Aún conservo los diplomas de los cuentos premiados en los festivales de la FEU y en los concursos literarios de los CDR y de la ANAP, en los que participaba asiduamente. Además, mantuve los vínculos con los talleres literarios de la provincia, llegando a ser presidente de la Brigada Hermanos Saíz.

Un hecho decisivo en mi vida fue el encuentro con una estudiante de medicina (María Luz) en la asamblea de la ujutacé de 1973, donde le dediqué unos poemas infantiles que publiqué en una edición bilingüe en Brasil treinta y tres años después. Con Mary construí una relación de amor y amistad, que nunca había conocido y que me dio una preciosa hija: hoy escritora y profesora universitaria como yo. Para Mary construí, durante más de veinte años, la casa donde vivimos: el sueño más acariciado en nuestro noviazgo cuando, en los atardeceres, paseábamos de la mano por los bloques del 31.

EL AMOR POR LA SABIDURÍA

En quinto año participé en una experiencia que tendría una gran repercusión en mi vida profesional: el profesor ucraniano Oleg Kedrovski llegó a la universidad para impartir un curso sobre problemas filosóficos de la Matemática. Aunque era un curso de posgrado, mi condición de traductor de ruso y de alumno ayudante del Departamento de Filosofía posibilitó que me incluyeran como intérprete y oyente a la vez. Eso bastó para que surgiera una corriente de simpatía entre el profesor y yo, que se reforzó en la canícula de los mediodías cuando lo acompañaba a los Caneyes. Oleg me propuso realizar el trabajo de diploma sobre el papel de Demócrito y Platón en el desarrollo de la Matemática, con la idea de contrastar sus fundamentos materialistas e idealistas y hacer la crítica del idealismo filosófico. Una vez graduado, yo viajaría a Kiev para hacer el doctorado bajo su tutela. Como muestra de su interés, Oleg habló personalmente con la decana de la Facultad de Humanidades, quien autorizó el trabajo en un tema tan insólito para un licenciado en letras y que concluí felizmente con la tutoría de un investigador del Instituto de Filosofía.

La novedad del tema en una época en que los problemas filosóficos de la Matemática no eran objeto de atención en la universidad o eran subvalorados por los propios profesores, propició que el trabajo fuera evaluado por la totalidad del claustro del departamento, y posteriormente, por la Facultad de Matemática, que lo recomendó para los profesores. Los resultados vieron la luz treinta años después en la revista *Momento de la Universidad Federal de Rio Grande* y en mis ensayos. No me permitieron viajar a Kiev como estaba estipulado, pues en esa época no se concebía que un recién graduado iniciara el doctorado sin apenas impartir docencia. No obstante, nunca me arrepentí por haberlo intentado, pues el estudio de los fundamentos filosóficos de la Matemática era esencial para desarrollar una perspectiva estética del pensamiento matemático, así como una visión unitaria y transdisciplinar de lo estético como núcleo epistemológico para la transversalización del componente estético en la educación, lo cual centraría mi atención en el proyecto “Educar para el bien y la belleza” más de cuarenta años después.

PROFESOR UNIVERSITARIO

Recibí el título de Licenciado en Letras con el aval de graduado más integral en 1974 y de inmediato fui destinado como Instructor Graduado a la Escuela de Historia: un hecho explicable por la carencia de profesores. Ya en septiembre comencé a impartir Historia Contemporánea en un curso dirigido donde estudiaban profesores del propio Departamento de Filosofía (incluyendo a Pablo Guadarrama, más tarde destacado filósofo) y en un curso de formación de licenciados para dirigentes del Partido y las organizaciones de masas, donde tuve que apelar a la creatividad y la osadía para compensar la inmadurez, que casi nunca es dispensada por la solidaridad, como podría suponerse en un auditorio tan inusual.

Recuerdo que eran tiempos en los que se trataba de incrementar la eficiencia del proceso docente-educativo a partir de una estricta reglamentación de los momentos de la clase, empezando por la introducción, el desarrollo y las conclusiones. Se estipulaba un tiempo determinado para cada parte, así como para las preguntas de control y de retroalimentación, llegando a fijar incluso el momento de enlace del contenido con los fundamentos del materialismo dialéctico e histórico, lo que pasaba por alto la dimensión cosmovisiva inherente a la filosofía. Esta factura eminentemente racional de la clase convertía al profesor en un actor, y a la clase, en una obra de teatro.

La falta de libertad para diseñar las clases era complementada con un rígido sistema de inspección. Siempre sentí incertidumbre cuando veía entrar al aula a un decano que, por cualquier desliz, te daba una calificación de regular o mal. Además del efecto compulsivo, a veces me ocasionaba un efecto desmoralizante que afectaba la actividad docente. No tengo dudas acerca de las buenas intenciones de los evaluadores, pero los resultados no siempre eran buenos pues deprimía la creatividad de profesores y la proactividad de los alumnos quienes se concebían como meros recipientes de un saber bancario. Por lo general, la evaluación profesoral carecía de objetividad. Aún conservo el “Certificado de Evaluación del Personal Docente Universitario” de mi primer año de trabajo, con nueve anexos que evaluaban la apariencia personal, el estado de salud, las relaciones humanas, la disciplina personal, el carácter, el nivel de conocimiento, el estilo de vida y la visión del mundo. Con el tiempo, este modelo fue sustituido por otros más funcionales, pero ha quedado en mi memoria como un testimonio de los excesos que no debieran cometerse, pero que se comenten quizás como el precio a pagar por la materialización de la utopía socialista.

En febrero de 1975, con un fondo de tiempo de doce horas semanales, como parte del trabajo de producción de un recién graduado, fundé y presidí el taller literario Víctor Jara de la Universidad Central. Aún conservo un documento firmado por el ex director de Extensión Universitaria, Víctor Gutiérrez, donde consta el acontecimiento. Para complementar el trabajo del taller, se lanzó la primera convocatoria del Concurso Literario Abel Santamaría, que contó de inicio con el apoyo de Casa de las Américas, y en especial, del ensayista Ambrosio Fonet. Muchos escritores de la provincia que más tarde alcanzaron renombre nacional ganaron el concurso con sus cuentos, sus poesías o sus décimas. Entre los participantes e invitados más asiduos estuvieron escritores Onelio Jorge Cardoso, Leoncio Yanes y Aracely Aguililla.

Superados los sustos del primer año cuando simultaneaba la impartición de Historia Contemporánea con la dirección del Departamento de Folclore, asumí la Estética y la Literatura de la Edad Media en la Escuela de Letras. Además, haciendo gala de una actividad multifacética como profesor universitario, escritor y promotor de la literatura, integré la comisión provincial de literatura, fui activista del comité provincial del partido para la programación de cine, presidente de la Brigada Hermanos Saíz, y, durante tres años, director de Extensión Universitaria.

Con el fin de cursar una Especialización en Filosofía en la Universidad de La Habana, a fines de 1979 fui liberado por el Departamento de Marxismo-Leninismo, al que había sido destinado, y retomé las investigaciones sobre la educación estética en Cuba, el referente de mi tesis de doctorado. En el Departamento de Filosofía, pasé a integrar el Grupo de investigación de la juventud participando en la tarea: “La formación estética de los jóvenes” ,del Problema Estatal Principal: “La formación comunista del hombre nuevo en Cuba”. No obstante, el acontecimiento que marcó mi vida fue el nacimiento de Lurima en la espléndida mañana del sábado 16 de junio.

MOSCÚ, MI AMOR

En medio de las celebraciones de los comités de defensa de la Revolución, el 28 de septiembre de 1983, Mary y yo trasladamos lo esencial para pasar la primera noche en la casa que habíamos construido en Maceo 827 entre “A” y Barcelona, el mayor sueño de nuestras vidas. Sin embargo, por un azar del destino, dos meses después nos despedimos con pesar en el aeropuerto internacional de Rancho Boyeros. En cuestión de días, habría de iniciar el doctorado en la Universidad Estatal “Tarás S. Chevshenko” de Kiev, precisamente, en un tema sobre la educación estética en las condiciones de la construcción del socialismo en Cuba. Sería el segundo profesor cubano en hacerlo (después de José O. Suárez Tajonera) y, a pesar de todo, eso exacerbaba mi entusiasmo.

Llegué a Moscú el 19 de octubre, después de pernoctar en la ciudad de Kladno, a unos 26 kilómetros de Praga. Recuerdo que había una nubosidad espesa, como casi siempre en Moscú, y una temperatura de diez grados que me ponían la carne de gallina; sobre todo, porque no llevaba un abrigo apropiado para el invierno. Por suerte, formaba parte de un grupo de profesores, casi todos oriundos de Santa Clara, y el escozor de la nostalgia era compartido a partes iguales. Apenas habían pasado tres días de la despedida con Lurima en la cama (porque no había tenido fuerzas para hacerlo estando despierta) y dos de la despedida con Mary en el aeropuerto, pero ya las extrañaba y un sentimiento de desarraigo me embargaba. También extrañaba el cielo azulado y las noches estrelladas en que solía mirar la luna por las ventanas de la casa. Ahora tenía que acostumbrarme a una espesa neblina que recortaba el horizonte y eternizaba las noches con un frío helado. Y así sería un día tras otro, por largo tiempo.

No obstante, estar en Moscú era un privilegio que no habían tenido muchos colegas y algo que siempre había añorado desde los días en el Instituto “Máximo Gorki”. A veces pensaba: “¡Quién sabe si hasta encuentre a Valentina en Shitomir!” Además, quería visitar el Mausoleo de Lenin, y si era posible, navegar por el río Moscú. En fin, estaba a dos pasos de realizar un viejo sueño y, a pesar del frío y la soledad, me sentía eufórico. Siguiendo las huellas de Oleg Kedrovski, dentro de cuatro años sería el segundo cubano con un doctorado en Educación Estética: una oportunidad que no podía perder. Esta vez mi mentor tutor sería

Anatoli Dmitriuk, un profesor que había impartido un curso en el departamento varios años atrás. Anatoli me había enviado una postal con una frase que avivaba mi curiosidad por conocer a Kiev: “Los viejos paredones de Kiev te esperan”, decía. Ahora encaminaba mis pasos hacia esos paredones y, aunque tullido y nostálgico, me sentía dichoso por llegar a un país donde se construía un nuevo mundo.

Estuve en Moscú dos días y sufrí dos percances. Como pensaba, visité la Plaza Roja y el Mausoleo de Lenin: un sitio especial para un profesor cubano. Sobrecogido, transité en fila por un corredor estrecho desde donde se divisaba el cuerpo enjuto del fundador del país de los soviets. Después presencié el cambio de la guardia de honor y vi las esculturas de los secretarios generales del PCUS, que escoltaban a Lenin en los paredones del Kremlin. Después caminé ante los grandes edificios de la Avenida Kalinin y el bulevar Arbat, y visité el Teatro Bolshoi, cuya impresionante fachada traté de grabar en la memoria. Parodiando a un famoso escritor, sentía que Moscú era una fiesta y solo lamentaba no contar con tiempo suficiente para recorrerla de una punta a la otra.

En Moscú, como pilongo al fin, pagué algunas novatadas. Caminando por los alrededores del Hotel Universitiet, vi cuando se desprendían los cables de un tranvía en medio de un chisporroteo que me hizo poner pies en polvorosa. Luego supe que sucede a menudo sin mayores consecuencias, pues el propio conductor hace la corrección con el auxilio de una vara. La segunda novatada la pagué en la estación de trenes cuando, acompañado por un ruso, esperaba el tren de Kiev. El ruso había distraído y cuando, de pronto, anunciaron la partida inminente del tren, salió a trancos por un corredor, dejándome plantado con la maleta en un andén. Fue cuando apareció Martí, un colega que llevaba más de un año en Moscú y corrí tras él por un largo pasillo hasta que divisamos el tren a unos cincuenta metros de distancia. Como había perdido tanto tiempo, no me quedó otro remedio que atravesar varias líneas y tratar de subir la maleta a uno de los últimos vagones cuando ya se iba. Por suerte, logré que la ferromoza me aceptara de una manera tan inusual. y, bañado de sudor, finalmente pude llegar al coche. A esa hora no podía imaginar lo que me esperaba en el albergue, cuando llegara a Kiev muerto de frío por la madrugada.

LOS VIEJOS PAREDONES DE KIEV

En el albergue 9 de la calle Lomonósova, en un barrio dedicado a estudiantes de los cinco continentes, nos recibió el “comandante”, quien nos fue alojando de piso en piso, muchas veces tras altercados con los moradores: estudiantes africanos y árabes que vivían solos con interminables prórrogas de la universidad. Ya entrada la madrugada, tocó el comandante en un cuarto donde había una fiesta y, como antes, tuvo una discusión con un jordano. Fue así como me acomodé en una cama, aunque sin dormir, mientras él seguía la juerga con otros amigos y un ruso. No imaginé que cuando terminara la fiesta, habría una discusión entre el jordano y un colega por la presencia del “cubano”, que al parecer lo había molestado. En medio de la algarabía, sentí un golpe en mi maletín y después un árabe me preguntó si tenía dónde pasar la noche, ya que no era conveniente que durmiera con él, algo que ya intuía. Cansado y soñoliento, cargué con la maleta y pasé la noche en el cuarto de otro doctorando cubano. Al día siguiente, al levantarme, vi el orificio que había abierto en la maleta con un cuchillo, y por primera vez, me sentí desdichado en la ciudad de los viejos paredones.

No obstante, de Kiev guardo tantos recuerdos agradables que hasta pensé escribir un libro con un título que fascinó a Mary: *Recuerdos de un país lejano*. No fue solo el lugar donde viví el drama que entrañaba la construcción del socialismo en el seno de la URSS, sino también donde me hice doctor en ciencias filosóficas cuando ya me despedía de la juventud. Había llegado saturado a la “Meca” del socialismo saturado de referencias librescas y ahora las constataba en una práctica que resultaba esplendorosa y sobrecogedora a la vez. No sabía en qué medida habría de asimilar el socialismo real, pero no dudaba de la oportunidad que me había dado la vida para adentrarme en aquel torrente que, según John Reed, había estremecido al mundo.

Lo primero que me impresionó de Kiev fue la majestuosidad de sus paredones con más de mil quinientos años, y la belleza de sus iglesias, monumentos y paisajes matizados con una flora exuberante en las riberas del imponente Dniéper. Sin esperar a quitarme el polvo del camino, Anatoli me recibió en la estación del Metro de Kreschatik, la cuarta parada desde la estación Avtovokzalnaya, a la que había accedido en un ómnibus. De Kreschatik, dejando atrás el monumento a Lenin, subí por el bulevar Tarás Shevchenko

hasta la calle Vladimirskaya, la arteria urbana más antigua de la ciudad, donde se encuentra el “Cuerpo Rojo” de la universidad. Allí, en uno de los primeros locales por un largo pasillo situado a la derecha, se encontraba la Cátedra de Teoría y Metodica de la Educación Comunista, donde yo debía pasar cuatro años. Flanqueaban a la universidad dos edificios monumentales, donde radicaban la Facultad de Humanidades y la Biblioteca Central donde miles de estudiantes, profesores y aspirantes pasaban una gran parte de sus vidas.

Bajo los primeros embates del invierno, que en Kíev puede oscilar entre cinco y treinta y cuatro grados bajo cero, me llevó Anatoli a la calle de los Uliánov, donde habían residido María Alexándrovna, la madre de Lenin, y sus hermanas Anna y María, y luego a la calle Pushkinskaya, donde había vivido su hermano Dmitri. Después seguimos rumbo al Complejo Histórico-Cultural Kievo-Pecherski, empezando por la Catedral de Santa Sofía, el templo principal del metropolitano de la Rus antigua (del siglo XI), que había servido de panteón a los príncipes Yaroslav el Sabio, Vsevolod Yaroslávich y Kostilav Vsevolodovich. Visiblemente emocionado por el reencuentro, Anatoli me mostró muchas de las iglesias y edificios que constituyen joyas arquitectónicas, entre ellas: el Museo Estatal de Historia y Cultura; la Iglesia de la Natividad de la Virgen (del siglo XVII) y la Iglesia de la Trinidad sobre la puerta (de los siglos XII-XVIII). Casi extenuado, de camino a su casa, admiré la escultura ecuestre del estadista Bogdan Jmelnitski, quien encabezó la guerra de liberación contra Polonia entre 1648 y 1654. Ya próximo a su casa, la Iglesia de San Andrés me sorprendió por la majestuosidad de las pilastras blancas, las columnas corintias y las cúpulas doradas que había admirado desde la calle Vladimirskaia.

Concluí el recorrido rodeado por su esposa y sus hijos, y con una pavorosa sopa de coles (la famosa *borsh*) con abundante crema de leche (*smetana*), unas apetitosas papas asadas y, como colofón, una botella de vodka que me dejó la garganta ardiendo. Así terminó mi segunda jornada de aspirante en Kiev, aunque me esperaban todavía fascinantes excursiones por los museos, teatros, colinas y parques: muchos de ellos en las riberas del Dniéper. Presentía que Kiev, tal como Moscú, iba a ser una fiesta; pero con amenazas y punzantes nostalgias que aún no era capaz de imaginar.

Vi cosas en Kiev que no coincidían con las representaciones del socialismo que yo tenía. Fui testigo de incoherencias entre el marxismo y una praxis que se alejaba de su esencia, y de manifestaciones de xenofobia, racismo y chovinismo, que eran inconcebibles para un cubano.

Una de las primeras experiencias negativas la tuve al comprobar el rechazo a la pintura abstracta, que no encajaba dentro de la poética del realismo socialista. Venía con referencias de Cuba donde dicha estética había suscitado acalorados debates entre paladines del cine como Titón y eminentes profesores como Mirta Aguirre. Al ser destinado de inicio a la Cátedra de Estética, pude constatar el rechazo al abstraccionismo, considerado por muchos profesores como una expresión del arte burgués contemporáneo. Según ellos, el arte de la nueva sociedad debía revelar la realidad en su “desarrollo revolucionario”, como lo había concebido Engels. Este concepto se había enraizado en el sentido común, según se podía comprobar fuera de las aulas, donde mi admiración por algunos pintores abstractos provocaba rechazo. Solo mucho después, tal vez por la influencia de la *perestroika*, hubo un despertar de la conciencia estética y pude asistir a la primera exposición (oficial) de arte abstracto en la galería principal de Kiev.

Cierto día, al encontrarme con la Jefa de la Cátedra de Estética, radicando ya en el Departamento de Teoría y Metodica de la Educación Comunista, le hice unas preguntas sobre el arte moderno que no pudo contestarme: ¿Por qué teniendo estetas lúcidos, llegaron a pensar de una forma dogmática? ¿Por qué reducir el arte a constructos ideo-estéticos por revolucionarios que parezcan ser? ¿Por qué desconocer que el arte es revolucionario por su propia esencia? Una década después, en la Universidad Autónoma de Nuevo León donde ejercía como Maestro Invitado de la Facultad de Artes Visuales, participé en un curso sobre *Arte Underground* soviético y conocí a una pléyade de pintores que habían emigrado para desplegar su talento en perspectivas artísticas que se oponían a la estética del realismo socialista. Las incoherencias en el plano artístico-estético constituían un reflejo de la insensibilidad que afectaba las relaciones intersubjetivas y la propia convivencia social en los más diversos espacios societarios. Fueron incontables las situaciones que ponían de relieve

el “endurecimiento” sin ternura sobre el que había advertido el Che y que tuvo mucho que ver con el desplome del socialismo. Constaté esas muestras de insensibilidad en recorridos por Tallin, Bacú, Abjasia, Sochi y Gagra, así como en la convivencia en los albergues de la calle Lomonósova. Ellas son parte de los recuerdos tristes que han perdurado a través del tiempo.

En particular, el 26 de abril de 1986 se grabó en mi mente con un hálito de tristeza. Ese día, a la 1:23 de la madrugada, la unidad 4 de la central nuclear de Chernobil estalló y dejó al desnudo el núcleo del reactor. Segundos después explotó con una potencia de 300 toneladas de TNT y las partículas formaron una nube que se regó por Europa. Sin embargo, el primero de mayo cuando desfilaba bajo las rachas del viento contaminado que soplaba en la dirección de Chernobil, aún no tenía noticias sobre el accidente. Después, cuando las tuve y conocí que el nivel de reactividad en el cuarto superaba al de la calle, pensé en adelantar las vacaciones y alejarme de Kiev, como había hecho el resto de los becarios de los países socialistas. Cuando aumentaba el nivel de la radioactividad y sentía náuseas, el deseo de estar con Mary y con Lurima se exacerbaba.

Para mi regocijo y alegría de Mary, pude regresar a Cuba a mediados de junio, en medio de una gran expectativa con respecto a mi estado de salud. Aún se desconocían las afectaciones que la explosión tendría para decenas de miles de hombres, mujeres y niños de varias regiones de la Unión Soviética, y en especial de Kiev, que quedaba a solo 90 millas de Chernobil. Muchos de los afectados recibieron tratamiento médico durante años en hospitales de La Habana. Sin embargo, nunca imaginé que un eminente académico como Legasov se quitaría la vida afectado por la radiactividad, ni que años después yo estaría a punto de perder la mía aquejado por un melanoma.

Chernobil me dejó, además de un recuerdo triste, una advertencia de Legasov que nunca olvido: “tenemos que relacionarnos con la tecnología con cuidado. En términos de probabilidad, un accidente nuclear podría ocurrir una vez cada diez mil años, pero Chernobil había demostrado lo contrario”. Según el escritor Anatoli Pristavkin, Chernobil probó lo ilusoria que es nuestra existencia y lo imperceptible y, a la vez, peligrosa que puede ser la irresponsabilidad. Hace poco vi imágenes de los niños afectados en la serie televisiva *Chernobil* y pensé que había tenido mucha suerte para poder contar esta historia.

LA PERESTROIKA

Si hubo un acontecimiento que suscitó en mí esperanza y recelo fue la *Perestroika*, iniciada por Mijaíl Gorbachov tras la muerte de Chernenko en 1985. Fui testigo del proceso de su instauración (junto con la *Glasnost*, su complemento) hasta el regreso definitivo a Cuba en noviembre de 1987. Luego leí no pocos artículos, libros y declaraciones sobre su destino, así como acerca de las motivaciones de sus líderes y las consecuencias que acarreó para la URSS y el campo socialista. A muchas de esas versiones tuve acceso a través de las selecciones de la prensa soviética (conocidas como *Sputnik*), que fueron abriéndose a la *glasnost* hasta no dejar intactos una esfera, un valor, un héroe o un mártir de la Revolución de Octubre. Esas consecuencias son hartamente conocidas, por eso doy aquí apenas una versión de los hechos en base a lo que viví o vieron mis ojos.

Recuerdo el formalismo y la insensibilidad que permearon el sentido de la vida, sobre todo, en las generaciones llamadas a construir la “sociedad socialista desarrollada”, vaciando de contenido humano a mecanismos y gestiones que, paradójicamente, debían contribuir a su instauración. La armonía y la empatía llegaron a ser referencias culturales y un objeto de estudio por filósofos, sociólogos y pedagogos, pero no se materializaban en la praxis sociopolítica. El marxismo se había convertido en una especie de “catecismo” que los doctorandos debíamos recitar en los exámenes. Eso incluía parlamentos del secretario general del PCUS y de los últimos plenos del comité central del Partido. La vida se había formalizado de tal manera que casi todo estaba estipulado, legislado y sacralizado: desde las categorías del Comunismo Científico hasta la orientación estética que debía tener el arte. Si a eso se añaden las debilidades propias de la condición humana, desatendida en el proceso de la construcción de la nueva sociedad, se comprenden las omisiones y las desviaciones que frenaron e hicieron naufragar a la utopía leninista.

A veces me pregunto cómo fue posible que los dramáticos mensajes de Lenin al Comité Central sobre los defectos de Stalin fueran ignorados, y cómo se instauró el culto a la personalidad que condujo al voluntarismo y a la quiebra de la democracia; un mal que echó raíces con el estalinismo. No fueron pocos los artículos, atinados unos y desatinados otros, de eminentes intelectuales que reflexionaban sobre los problemas más candentes al amparo de la *Glasnost*. Leí novelas que recreaban aspectos críticos de la existencia en los

años más agónicos del culto a la personalidad. En una de ellas, *Los hijos de Arbat*, Anatoli Ribakov describió los horrores del año 34 cuando fue acusado de “enemigo del pueblo” y recluido en el Cáucaso.

Recientemente, leí el ensayo de Leonel Gorrín (*¿Errores o traición? El desplome de un modelo de socialismo*) donde se evidencian las inconsecuencias ideológicas que condujeron a la traición de los más connotados paladines de la *Perestroika*, empezando por el propio Gorbachov. Aún recuerdo sus alocuciones al pueblo, en las que explicaba la pertinencia de los cambios que habrían de perfeccionar el socialismo. Para ello, a veces se apoyaba en los desafueros de economistas como Nikolai Shmeliov quien argumentaba la urgencia de dichos cambios aun cuando fuera necesario “botar al niño con la placenta”, como habían advertido los clásicos. De la utopía de los soviets quedó poco en Kiev, dejando en mí un sentimiento de nostalgia que sobrevive con el tiempo, como una pesadilla de la que no he podido despertar.

LAS RAZONES DEL CORAZÓN

En la última etapa del doctorado tuvo lugar un acontecimiento que me dejó anonadado: la muerte de mi tutor en un baño de la ciudad. Habiendo sufrido un infarto en Cuba, Anatoli nunca llegó a recuperarse totalmente, aunque siguió dando clases e inició el doctorado... Su muerte, en un momento en que el jefe de la cátedra se encontraba en los Estados Unidos, me dejó desarmado ante los caprichos de Xizhniak, el presidente del tribunal, cuando ya me preparaba para la defensa. Eso, unido a problemas de salud que me hicieron ingresar en una clínica de Kiev y la falta de comunicación con Mary por deficiencias del correo postal, me sumieron en una profunda depresión. Algunos de mis compañeros temieron que atentara contra mi vida arrojándome por una ventana desde el octavo piso donde vivía, como había hecho recientemente un mexicano abandonado por una polaca. Fue una época difícil en la que no tenía reposo y pasaba noches enteras sin dormir, a veces, cazando chinches en las rendijas del piso de madera. Tan atribulado estaba que hice gestiones para viajar a Cuba en las vacaciones, a las que no tenía derecho. Solo los recorridos por el Dniéper con Olga, una reconocida concertista del Conservatorio, y las interminables caminatas por las calles aledañas a Lomonósova, mitigaban las tribulaciones que se habían apoderado de mi alma. Con los días, me compré un mono y empecé a correr a pesar de las temperaturas frías que me hacían tiritar.

Cuando se instauró plenamente el verano, la universidad me envió a un sanatorio de Gagra, a la vera del Mar Negro, donde pasé dos semanas entre baños con aguas termales, masajes y excursiones por Georgia y la Región Autónoma de Abjasia. Así pude solazarme en el Lago Azul, entre las montañas georgianas; visitar Sochi, famosa por los festivales de música, donde me tiré una foto junto a un árbol plantado por Raúl Castro en el bosque de la amistad; pasear en yate por Pitsunda, el balneario preferido por los altos dirigentes del estado, y finalmente la ciudad de Sujumi, donde atracaban los barcos con los estudiantes cubanos. En Gagra, ocurrió el milagro esperado: con los baños termales, los masajes y las excursiones por los maravillosos paisajes caucasianos, me recuperé totalmente. Cuando volví a Kiev, mis compañeros no lo podían creer. Así pude asumir el engorroso proceso de la defensa y terminar el doctorado a fines de octubre de 1987.

No obstante, el sentimiento de nostalgia nunca dejó de lacerarme. La grisura de unos días interminables, sobre todo en los largos y fríos meses invernales, muchas veces con temperaturas por debajo de cero y una neblina que apenas permitía ver los edificios colindantes, me instalaba en una especie de limbo donde flotaban mis pensamientos. En esos días, pensaba en Mary y en los largos meses que habrían de transcurrir antes de reencontrarnos en un hotel de La Habana, donde junto a Lurima habíamos sido muy felices. He aquí un poema dedicado a Lurima, donde la nostalgia se adueña de mi conciencia atribulada:

*Te vas de paso
avecilla del monte,
como dardo asustado
trotando el viento.
Resplandeces aquí o allá
con el fulgor de tu aletear...
¿Por qué dejas tu nido
en el sauce desnudo?
Pero vuela, vuela avecilla,
que el invierno llega.
¡Lleva tu canto al ardiente sur!
Si acaso anidas
en una isla de allende el Mar,
dile a mi niña
que pienso en ella.
Al viento grita, grita avecilla,
que el día espero
para volver.*

Al dejar atrás las frías estepas de Ucrania, en la medida en que el tren avanzaba hacia Moscú, tuve la sensación de que me despedía para siempre de los paredones de Kiev, que tanto había admirado con Anatoli. Ahora me quedaba la punzante nostalgia que un día aciago traté de exorcizar en un poema: “Acaso con los años”.

*Acaso con los años
olvidemos a Bulbar Shevchenko,
Lomonósova 57,
Avtobus 38.
O palabras tal vez como “pribiet”, “proshai”.
Pero la imagen fiel de un mediodía,
ésa, jamás la olvidaremos...*

Conservo cartas de Viacheslav Kudin, el jefe de la Cátedra de Teoría y Metodica de la Educación Comunista, y de Olga Liforenko, una concertista y profesora del Conservatorio de Kiev, que constituyen un testimonio de la desolación, el infortunio y la desesperanza que dejó en los ucranianos el derrumbe del socialismo. Sobre todo, por las pérdidas económica y simbólica que representó para una de las generaciones que más había luchado por su instauración.

En una carta fechada el 20 de marzo de 1994 en la Universidad Estatal de Bemidji, en Estados Unidos, el profesor Kudin me expresó su amor por Cuba y su congoja y temor por los acontecimientos que se avecinaban en su querida Ucrania. “El mundo de hoy cambia, aunque no siempre de la mejor manera –escribía, y agregaba–. Pienso que muchos entre nosotros se aconsejarán y que arribemos a un nivel cualitativamente nuevo de unidad. La idea de la formación de una personalidad de nuevo tipo es justa y noble. Solo que tal personalidad puede cambiar en este mundo tan lejano de la perfección. Todo lo que depende de mí, siempre lo haré y en lo que pueda, ayudaré”.

Después de aconsejarme que no desistiera de la idea de volver a Kiev para defender un segundo doctorado, Kudin ratifica sus sentimientos con respecto a Cuba y su preocupación por la situación en el país. “Gracias por la invitación –escribe, ante una invitación que le hice para visitarme–. Cuba es mi viejo sueño, pero realizarlo ahora será imposible por varias razones... Los acontecimientos en Ucrania se han agudizado y debo estar allá lo antes posible [...] Las fuerzas que en 1991lograron deshacer a la URSS, pierden influencia y no se excluye su total derrota. Es difícil pronosticar si el buen sentido imperará en la gente a la hora de elegir a los que, realmente, defienden los intereses del pueblo. Esta época del año puede ser decisiva no solo para Ucrania, sino también para la futura hermandad entre las repúblicas de la URSS”.

Haciendo gala de su proverbial optimismo, Kudin concluye: “Les deseo lo mejor a todos ustedes: nuestros inolvidables amigos cubanos. Felicidades en el complejo camino de la vida [...] Creo que aún nos veremos y en mi dirección en Kiev: 252001, Kiev 1, calle K. Marx 17/1, ap. 32”.

Demás está decir que los acontecimientos que constató en Ucrania no cumplieron sus expectativas, sumiendo al país en un profundo caos económico y social, que él y su pueblo sufrieron en carne propia. Pero no solo eso, sino que el destino dispuso que nunca más volviéramos a encontrarnos, dejando una nube de incertidumbre en torno a la suerte que había corrido en Kiev a su regreso.

La vida reveló que, tal como lo había intuido, no imperó el “buen sentido” entre los nacionalistas ucranianos: Los vestigios del fascismo afloraron en la Plaza Maidán, que tantas veces recorrí con Olga para asistir a sus conciertos en el Conservatorio. Nunca pude imaginar la violencia que, casi cuarenta años después, presencié con horror en “Rusia Today”, ni la magnitud de la rusofobia que conduciría a la destrucción del patrimonio simbólico de la antigua Rus de Kíev, y a un conflicto fratricida que ha arrasado con los baluartes del ideario leninista por el que habían luchado ambos pueblos.

A veces me pregunto qué será de Kudin, de Pavel y de Liuba, con quienes compartí momentos inolvidables en los corredores del “Cuerpo Rojo”, y de Olga y Zhanna, con las que hice largas caminatas por las orillas del Dniéper y el Canal Rusánovski. Con el tiempo, sus perfiles se han ido desdibujando en mi mente como los vestigios de hermandad entre rusos y ucranianos en los paredones de Kiev. Pero, a pesar de todo, presiento que serán inmortales.

UN PÁJARO EN EL CIELO

Al volver a La Habana después de un largo vuelo en el IL-62M, me sentí muy feliz. Ya era doctor en Ciencias Filosóficas, algo que había anhelado desde el posgrado con Oleg. Tampoco tenía que regresar a Kiev, una ciudad peligrosa desde la explosión en Chernobil. Para colmo de la felicidad, compartía con Mary una *suite* del piso 23 del Hotel Tritón, donde Lurima hurgaba con alborozo en las maletas. Mary también estaba muy feliz al cabo de cuatro años en los que había tenido que asumir los roles de médico, profesora, ama de casa y mamá.

Después de dos días espléndidos en el hotel, retornamos a Santa Clara donde me sumí en una afiebrada actividad. Había cumplido 41 años y una idea de Martí me martillaba en la cabeza: si deseaba tener éxito, tenía que dedicarme por entero a un fin. Desde Gorki quería ser escritor, pero a pesar de contar con varios cuadernos de cuentos (algunos hasta premiados), no tenía libros publicados. No obstante, consciente de los desafíos en la implementación de la Educación Estética, decidí darme a conocer como ensayista en un tema aún virgen y trascendental para el perfeccionamiento de la educación en Cuba. Con ese objetivo, fundé la Cátedra de Educación Estética Mirta Aguirre en la Universidad Central de Las Villas, el 31 de octubre de 1989. Más tarde, fundé una Sección de Estética y un Centro Promotor de la Educación Estética en la Biblioteca Provincial Martí; organicé encuentros-talleres de carácter provincial y un espacio de debate sobre Estética en la sede del Comité Provincial de la Uneac. Finalmente, se lanzó la convocatoria del I Encuentro-Taller Internacional de Educación Estética, realizado en junio de 1991 en la UCLV, donde se fundó el Centro Latinoamericano de Educación Estética (CELE) La Edad de Oro con la participación de delegados de México, Perú y Brasil. En esa etapa, concluí el ensayo *La revolución estética en la educación* y viajé a México como Maestro Investigador Invitado de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), en Monterrey. Había sido invitado por el Licenciado Salvador Aburto Morales, Director de la Facultad de Artes Visuales, quien había participado en el encuentro-taller. Precisamente, en la sede de la Facultad de Artes Visuales, se fundó la Filial Alfonso Reyes del CELE con el patrocinio del rector para

el II Encuentro-Taller Internacional de Educación Estética, a celebrarse en la Universidad Central de Las Villas en mayo de 1993.

Albo de la acerrada lucha ideológica entre partidarios de la izquierda gramsciana y de la derecha, la vida en Monterrey resultaba peligrosa para un profesor cubano. Desde el inicio, sufrí la desconfianza de algunos profesores al conocerse mi ascendencia marxista y mi simpatía por los intelectuales de la izquierda gramsciana, cuya beligerancia era notable en los espacios académicos y culturales. Esa desconfianza me hizo temer por la vida, en una ciudad donde la seguridad pendía de un hilo. En cierta ocasión, desapareció de mi escritorio el diploma de doctor en ciencias filosóficas que había recibido en la Universidad Estatal de Kiev, y solo reapareció tres meses después. No tengo dudas de que alguien pensó que yo era un agente de la KGB infiltrado en las filas de la izquierda gramsciana, algo insólito. Esa hostilidad la sentí durante los siete meses que permanecí en Monterrey y dejó en mí un sentimiento de frustración que el encanto de la ciudad y el amor por México no pudieron vencer.

En lo personal, esta etapa dejó una huella que el tiempo no ha podido borrar: la muerte de Hilda con 47 años, el 8 de enero de 1989. La mató el estrés que fue acumulando cuando la vida le puso zancadillas: primero, con la postración temprana de mi cuñado tras un accidente encefálico, y después, con la obsesión de brindar a mis sobrinos un nivel de vida que estaba por encima de sus posibilidades. Murió en la sala de terapia intensiva del Hospital Viejo y sus restos reposan en mi modesto panteón. Su recuerdo resucita cada vez que releo la dedicatoria de *Linda sube a las estrellas*, donde quise eternizarla en una frase: “A Hilda, un pájaro en el cielo”.

Regresé de México en el período especial, cuando Fidel le asignó a la cultura un papel estratégico en la salvaguarda del país. “La cultura es lo primero que hay que salvar”, dijo en el V Congreso de la Uneac. Pero la educación es una parte de la cultura, además de una herramienta para su socialización y traspaso entre las diferentes generaciones. Por tanto, constituye un error subvalorar el componente estético de la educación como algunos trataron de hacer al limitar el alcance del Centro Latinoamericano de Educación Estética y Ambiental (CELEA), que habíamos fundado en el Instituto Superior Pedagógico Félix Varela en el otoño de 1993. El tercer encuentro-taller internacional, realizado del 22 al 25 de mayo de 1995, no contó con el aseguramiento esperado y más tarde se le retiró el carácter internacional. Otras iniciativas como la creación de un centro de referencia, la oferta de cursos de especialización, maestría y doctorado, así como la convocatoria al Premio Cóndor de ensayo y la publicación de una revista, nunca se concretaron.

Frustrado por el destino incierto del CELEA, me refugié en la literatura infantil y logré realizar mis antiguos sueños de escritor. En un breve período de tiempo, obtuve el Premio Pinos Nuevos (1995) con *Linda*, el Premio Abril (1997) con *La Cuerda Plateada* y una Mención en el Concurso Literario Eliseo Diego (1999) con *El tocadore de pito*. En 1997 ingresé en la Ueac y tomé una decisión que cambió el curso de mi vida: dejar el Instituto Superior Pedagógico Félix Varela, la racionalidad instrumental se empeñaba en cortar las alas de la ternura que trataba de cultivar en las condiciones adversas del período especial. Guardo con tristeza el documento que el rector adjuntó a mi expediente con referencias incongruentes a Fidel, precisamente, quien me había instado a volar en el desfile del 22 de diciembre de 1961 en la Plaza de la Revolución cuando alzando un lápiz y una cartilla, gritaba sin cesar: ¡Fidel, Fidel, dínos qué otra cosa tenemos que hacer! Siempre consideré que echar alas era un derecho que me había dado la Revolución y que nadie podía cercenar, paradójicamente, en nombre de Fidel. Sumido en una depresión, pospuse los empeños de largos años en la promoción de la Educación Estético-Ambiental, que consideraba esencial para la formación integral de un hombre nuevo. No sabía a ciencia cierta cómo sería mi futuro, pero estaba dispuesto a distanciarme de un presente que no cubría mis expectativas

como educador estético. Buscaba otras vías capaces de superar la orientación racionalista que lastraba la educación integral y la consolidación de la “escuela nueva” preconizada por Martí.

Pero más que por los lauros, la década de los años 90 fue inolvidable para mí por las pérdidas que sufrí. El 12 de abril de 1993, a los 88 años de edad, murió mi padre conectado a un balón de oxígeno, cuando el cáncer de pulmón ya no lo dejaba respirar. Tres días atrás le habían hecho una traqueostomía y no podía hablar; me había hecho una señal con el índice a guisa de una guadaña, dándome a entender que se le acababa la vida. No tuve valor para ver su último suspiro y le pedí a Mary que me reemplazara en la cabecera de la cama. Tampoco tuve lágrimas para llorarlo, cuando Mary me avisó que acababa de morir. A su recuerdo me atan muchos sueños frustrados y miserias de la vida que conoció en el campo, desde El Relámpago cuando se ahorcó el caballo hasta su última morada en Santa Clara. Desde entonces vive en *Linda* y descansa en paz en el cementerio de la ciudad que lo había hecho desdichado y feliz a la vez.

UN GIRO DE TRESCIENTOS SESENTA GRADOS

Estuve un año buscando trabajo. Quise ser editor de la Editorial Capiro y profesor del Centro Provincial de Superación para la Cultura, pero no había plazas. Solo Blas, el director del Centro Provincial del Libro y la Literatura, me ofreció una plaza de divulgador con un salario de 232 pesos. Según dijo, con cierto regocijo, yo sería el único divulgador del país con un grado científico. Pero ese salario apenas alcanzaba para comer y rechacé su amable oferta. Por suerte, Mary había ganado fama en las operaciones de catarata y yo no daba abasto para cargar las jabas que los pacientes, muy a su pesar, le traían a las consultas. Además, ganaba un salario que siendo aún bajo alcanzaba para los tres. Así que decidí dedicarme a la literatura con la esperanza de que un día apareciera algo más digno. Y fue en medio de ese desasosiego, cuando mi vida dio un giro de trescientos sesenta grados. De pronto, prosperó la invitación que el profesor uruguayo-brasileño Sirio me había hecho en un simposio de Pensamiento Latinoamericano, donde yo había presentado una ponencia sobre la Educación Estético-Ambiental. Sirio, que era profesor del Programa de Posgrado en Educación Ambiental de la Fundación Universidad Federal de Rio Grande, había llegado con la encomienda de invitar a un especialista de la esfera. En Brasil, ya trabajaban varios profesores de la universidad y conocía las bondades de sus contratos. Así que acepté de inmediato, y después de un engorroso y prolongado proceso burocrático, arribé a Rio Grande el 19 de abril de 1999 para trabajar como Profesor Visitante del Departamento de Educación y Ciencias del Comportamiento donde impartiría Filosofía de la Educación en los cursos de Pedagogía y en las carreras de perfil pedagógico.

Recuerdo el día en que Paquito, mi ex profesor de Literatura Cubana en la Escuela de Letras, me esperó en el aeropuerto Salgado Filho de Porto Alegre para llevarme a su casa en la Playa de Cassino. No podía decir entonces que rebozara en alegría, pues no sabía cómo iba a pasar la primera noche, cómo serían mis clases cuando apenas dominaba algunas frases en portugués, ni si soportaría la soledad en un apartamento, una vez más, a miles de kilómetros de Mary y de Lurima. Y sobre todo, cómo iba a vencer el miedo inicial a lo desconocido. Hacia poco que Paquito me había escrito acerca de una pareja de

profesores que habían sido asesinados en las dunas de la playa, a solo unas cuadras de donde él vivía.

Esa noche, mientras me acomodaba con frío en un garaje, pensaba en Mary. A pesar de contar con la aprobación del director del hospital, no había recibido la liberación para acompañarme. Años después, durante mi segunda estancia a partir de 2008, tendría que jubilarse para hacerlo. Sentía su ausencia, especialmente, cuando acomodado en un viejo sofá, el frío iba calando mis huesos. Aunque la temporada invernal empezaba oficialmente el 21 de junio, ya en abril soplaban un viento helado que no era para un cubano. Con el tiempo, vi que el frío llegaba con unos vendavales que eran frecuentes en Cassino, casi siempre acompañados por una llovizna pertinaz que formaba escarcha en las ventanillas de los ómnibus. Sin embargo, la impericia iba a empeorar mi situación. Antes de llegar el fin de semana, alquilé un apartamento en el último piso de un edificio diseñado para el verano, con amplios ventanales de cristal que hacían del apartamento un congelador. A veces, tenía que frotarme las rodillas para entrar en calor, pero aún así no conseguía calentarme. Resistí dos años en Cassino, por cuya avenida principal (Rio Grande) solía matar la nostalgia en los días soleados, cuando los vendavales daban paso a una brisa más cálida que soplaban desde la playa.

En los primeros meses, sufrí un gran desconcierto con el portugués, ya que no podía dar las clases en español. Empecé a impartir un programa de Filosofía de la Educación de 120 horas en los cursos de Pedagogía y de Elementos de Filosofía de la Educación de 36 horas en las carreras de perfil pedagógico como Historia, Letras y Bibliotecología. Eso constituía un serio desafío para mí, pues nunca había impartido Filosofía de la Educación en la Universidad Central de Las Villas, donde no formaba parte del currículo. La otra fuente de estrés radicaba en la urgencia con que debía superar los rezagos racionalistas, que traía de Cuba. Debía redactar un *ementa* (el contenido del programa) en apenas dos párrafos, y no tenía que asignar una cantidad de horas a cada asunto ni ceñirme a un tipo de clase. Contaba con libertad para escoger la forma docente que considerara más adecuada al contenido. Tampoco tenía que informar el estado de la impartición del programa, ni permanecer en la universidad fuera del horario de clases. Así que cuando recuperé la confianza tras los primeros tropiezos en las aulas, me asombré del nivel de creatividad que había alcanzado al asumir la perspectiva estética de la educación como una vía para la

formación más integral a los estudiantes, lo cual constituía una innovación pedagógica en la universidad.

LOS ATOLES DE TÍA ANDREA

Guardo inolvidables recuerdos de Brasil. Uno de los más entrañables fue constatar la simpatía que une a cubanos y brasileños. Fui acogido sin tapujos en la universidad, a pesar de mi condición de marxista, y conocí a personas especiales que todavía me visitan en sueños reparadores. No olvido a Jaime Bech, un médico uruguayo-brasileño, cuyos churrascos eran memorables (Jaime me prestó la primera laptop que tuve en mi vida); a Soledad Lopes, periodista y escritora uruguaya, amiga de Juana de Ibarbourou, con quien fundé un Ateneo Literario en Cassino; a Victor Hugo G. Rodrigues, poeta y cofundador del Núcleo de Estudio, Pesquisa y Extensión en Educación Estética (NUPEE), que me auxilió en el trabajo extensionista en las escuelas riograndinas; a Elisabeth B. Schmidt, gran amiga y colaboradora en la promoción de la Educación Estético-Ambiental; a Diana P. Salomão de Freitas y a su esposo Wagner Terra: discípulos y epígonos incansables con quienes aún mantengo lazos de amistad y de trabajo.

En mayo del 2001, en el marco de la X Bienal Internacional del Libro de Rio de Janeiro, conocí a la escritora Marcia Kupstas y al teatrasta Nelsinho, con quien compartí una tarde espléndida en la radio carioca. Me lo había presentado Carlos, un joven escritor que había viajado conmigo durante treinta y dos horas entre Rio Grande y Rio de Janeiro. Ex estudiante de filosofía, Carlos se lamentaba de interrumpir los estudios por falta de dinero y de no haber publicado sus cuentos. Conmovido, le pagué la entrada a Riocentro y compartí con él en las playas de Ipanema y Copacabana. La última vez que lo vi, iba a comprar pescado en Niteroi para revenderlo en los barrios más encumbrados de Rio de Janeiro. Antes de despedirme, quizás para siempre, le dije que si fuera cubano su libro ya estaría publicado y quién sabe si hasta fuera miembro de la Uneac.

Finalizando el año, participé en el hermanamiento de la Prefectura de Rio Grande con la ciudad uruguaya de San Carlos, donde un edil me facilitó un encuentro inolvidable con los alumnos de la escuela primaria n°. 13. Ya de mediodía, después de un opíparo almuerzo en una hacienda donde degusté la cerveza norteña, recorrí el balneario de Punta del Este donde el Che había pronunciado un discurso antológico antes de la expulsión de Cuba de la OEA.

Cuando decidí regresar a Cuba, después de rechazar una plaza de profesor en la universidad, mi fardo de agradecimientos era pesado. Brasil me había ayudado a realizar el sueño concebido con Mary hasta el detalle: tener una casa confortable para el resto de la vida. Viviendo modestamente en Rio Grande, había ahorrado lo suficiente para echarle un piso de cerámica, revestir el patio con lozas de techo y renovar los muebles. Así que la inauguramos con bombos y platillos veinte años después de haber iniciado su construcción. Aún me deleito cuando hojeo el álbum de fotos, junto a Mary, en cada aniversario de su inauguración. Según ella, nunca pensó vivir en una casa tan hermosa, rodeada de flores, donde a veces vienen a libar los colibríes.

Sin embargo, la alegría nunca es completa. Un día supe que no volvería a comer los atoles de Tía Andrea, pues había muerto de cáncer justamente antes de mi retorno a Cuba. Había sido mi madrina, además de la tía más querida, a quien reservé un lugar especial entre los personajes de *Linda*. Grabé su nombre junto con los de mis padres en una modesta lápida que aún se conserva en el panteón. Siempre que voy al cementerio, recuerdo los atoles con que me agasajaba en las esporádicas visitas en San Gil.

LA UTOPIA ESTÉTICO-AMBIENTAL

Al retornar a Santa Clara con la idea de continuar la obra literaria y promover la educación estético-ambiental, una situación inesperada me produjo una profunda frustración. Ocurrió que había bajado una resolución, según la cual un militante no podía estar separado del núcleo del partido por más de tres meses, y, a pesar de contar con la autorización del buró municipal, el núcleo de la Uneac decidió desactivarme sin previo aviso. De inicio no lo podía creer, pues tenía una antigüedad de casi treinta años, sin la sombra de una amonestación. No obstante, cometí el error de no reclamar ante una medida que violaba los propios estatutos del partido. Cuando finalmente reclamé tras algunas formalidades, me entregaron un nuevo carné sin consignar la antigüedad de la que sentía un legítimo orgullo. Entonces decidí ser un militante sin carné, fiel a mis convicciones y a Fidel. Sin embargo, la pérdida simbólica fue grande y no he logrado recuperarme totalmente.

Tal como lo había planeado, después de matar la nostalgia, empecé a colaborar con el Departamento de Educación Artística del Ministerio de Educación. Pero no solo eso, ino que me hice Profesor Adjunto de la Facultad de Ciencias Sociales de la UCLV y me vinculé con la Filial de la Asociación de Pedagogos en la provincia. Además, me dediqué en cuerpo y alma a la literatura y a la investigación, siendo galardonado con el Premio José María Heredia 2004; el Premio Ismaelillo de la Uneac 2006; el Premio Mañana 2007, de la Sección Juvenil de la Asociación de Bibliotecarios de Cuba (ASCUBI), y el Premio Especial La Rosa Blanca 2007 de la Uneac por la obra de la vida, al cumplir sesenta años de edad. En esa etapa, vio la luz *La revolución estética en la educación* y concluí algunos ensayos que fueron publicados en mi segunda estancia en Rio Grande, entre el 2008 y el 2012.

También fue una etapa de pérdidas lastimosas con respecto a mi salud. A última hora, tras una serie de análisis con elevados índices de colesterol y triglicéridos, se me diagnosticó una diabetes mellitus tipo 2, que cambió mi estilo de vida. Al regresar a Brasil, ya no podría disfrutar de los churrascos de Jaime Bech ni de los succulentos bistecs de spalomilla con papas fritas, que saboreaba en Cassino con las cervezas que solían beber en Dinamarca. Ahora tenía que controlar la glicemia y llevar una dieta que no contemplaba los

helados de aguacate, que tomaba frente a la estación de ómnibus. Pero por si fuera poco, mi hermano Roberto murió de una enfermedad neurodegenerativa el 16 de noviembre de 2005. Recibí la noticia estando yo en La Habana, y a duras penas pude llegar a tiempo para asistir a su velorio y entierro. Tenía 56 años y pensaba jubilarse para trabajar en una parcela de tierra que cultivaba a un palmo de la casa.

EL ÚLTIMO FIN DE AÑO

Llegué con Mary a Rio Grande en febrero de 2008. Para hacer el viaje, se había jubilado y contaba con el permiso del ministro de Salud Pública, un requisito indispensable. Era la primera vez que salía del país, así que estaba emocionada aunque un poco triste sin Lurima, que cursaba una maestría en cultura latinoamericana.

Esta vez yo estaba destinado al posgrado e impartiría la disciplina Educación Estético-Ambiental, en base a las concepciones teórico-metodológicas implementadas por el CELEA en Cuba. El éxito, para mi sorpresa, fue rotundo. Muchos de los alumnos de la maestría y del doctorado asumieron el enfoque estético-ambiental en el desarrollo de sus tesis, contribuyendo a su socialización en los espacios académicos de la FURG. Dicho enfoque estipula que la condición humana es eminentemente estética y que, por ende, la sustentabilidad estética debe constituir un principio fundamental del desarrollo humano y social. Por otra parte, considera que no es posible alcanzar el desarrollo integral del ser humano sin rescatar sus dimensiones estética y estética en el contexto adverso de la crisis socioambiental global, que ha reducido drásticamente el patrimonio estético natural y social, y como consecuencia, deprimido los “sentidos estéticos” y degenerado la condición (estéticamente significativa) de la especie homo sapiens.

Consciente de la gravedad del mal, proporcional a la instauración por la modernidad de la racionalidad instrumental, asumí una titánica labor que tuvo una gran repercusión en el programa de posgrado. Publiqué varios ensayos, capítulos de libros y artículos sobre diferentes aspectos de la Educación Estético-Ambiental y fundé la primera versión del Grupo de Estudio, Investigación y Extensión “Eco-Estética” (adscrito al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas de Brasil). A la vez, seguí colaborando con el Departamento de Educación Artística del Mined e integré la Sub Comisión Nacional de Educación Artística del Instituto Central de Ciencias Pedagógicas (ICCP). Por esa labor, fui reconocido como Educador Destacado del Siglo XX a nivel nacional, y más tarde incluido en la multimedia “Inolvidables maestros del siglo XX”, de la Asociación de Pedagogos de Cuba.

Cerré con broche de oro la segunda estancia en Rio Grande, con la organización del libro: *La Educación Ambiental en la perspectiva estética*, editado por la Editorial de la

FURG en 2011 y que reflejaba el intenso intercambio con alumnos y colegas en torno a los problemas teórico-metodológicos de la EEA y a su implementación en las condiciones del cambio climático. Lo único a lamentar entonces fue la cuota de estrés que pagué en los dos últimos años, cuando Mary regresó a Cuba para acompañar a Lurima en la etapa final de la maestría. Aún me estremece el desasosiego del último fin de año en la ventana de un apartamento mientras observaba el estallido de los voladores sobre la Laguna de los Patos. Rememoraba, no sin cierta nostalgia, las frías noches de los fines de año en Kiev cuando los voladores estallaban sobre las aguas del Dniéper. Es verdad que habían pasado muchos años, pero los sentimientos seguían siendo los mismos. Una vez más me encontraba solo del otro lado del mundo, añorando a los seres queridos y la hora del retorno para iniciar una nueva vida. Me alegraba de no haber concursado en Brasil y de continuar el trabajo de la Educación Estética en las escuelas de Santa Clara, ahora con una proyección transversal y transdisciplinaria, inherentes a la Educación Estético-Ambiental. Dejaba atrás amigos y sueños, pero me llevaba nuevos afectos y hermosos recuerdos de alumnos y profesores que habían convivido conmigo y trabajado por un mundo más humano y sustentable. A ninguno los he olvidado, y sus testimonios han sido preservados en mi papelería como un pedazo de mi propia vida ligado a la tierra del Vossa Nova, del Zamba y de la Acuarela de Brasil.

DOS SUCESOS IMPORTANTES

Volví a Cuba feliz por haber dejado una modalidad de la educación en valores desconocida en Brasil y haber concluido una estancia, que me había provocado no pocas situaciones de estrés. Pero sobre todo, por reunirme con Mary y con Lurima después de dos largos años de ausencia. Además, había hecho ahorros que nos permitirían vivir más desahogados, e incluso, darme el lujo de comprar un VW que había pertenecido a la esposa de Oscar Alcalde, uno de los asaltantes del Cuartel Moncada.

En la etapa recién estrenada, reasumí el viejo compromiso con el Departamento de Educación Artística del Mined y con la Filial de la Asociación de Pedagogos en Villa Clara, siendo nombrado miembro de su Consejo Científico Asesor. Publiqué varios textos sobre la perspectiva estética de la educación, incluyendo el libro: *Estesia y estética en la educación. La Estética y el Socialismo del Siglo XXI* por la Editorial Académica Española, en 2013. La mayoría de los ensayos fueron publicados o reimpresos por la Editorial Pueblo y Educación y la Editorial Universitaria Félix Varela, como parte de la literatura básica de las carreras pedagógicas y de las enseñanzas primaria y secundaria del país. En el año 2016, a sugerencia de la Filial de la Asociación de Pedagogos de la provincia de Cienfuegos, elaboré el proyecto “Educar para el bien y la belleza” para el preescolar, la escuela primaria y la secundaria básica, que desde ese año encabezo como Coordinador general. En 2017, tuve el honor de recibir el Premio Gaspar Jorge García Galló de la Filial de Pedagogos de la provincia, y de ser nominado para el Premio Nacional de Pedagogía, un honor que nunca pensé recibir.

Dos años antes, exactamente en 2014, habían tenido lugar dos sucesos importantes en mi vida. El primero concernía a Lurima. Después de un riguroso proceso de selección, había sido aprobado su ingreso en el doctorado en el programa de posgrado en Educación Ambiental de la Universidad Federal de Rio Grande, y el primero de abril la acompañé en e largo viaje hacia el sur. Volver a Brasil y ver a los ex alumnos y colegas era para mí un bálsamo que me llenaba de placer. Recuerdo que Luciana Neto, ex alumna y ahora profesora, organizó una actividad de recibimiento con uno de mis grupos de Pedagogía, y pasé entre ellos una tarde inolvidable de churrasco: entre abrazos y anécdotas, tal vez, en el

último encuentro de nuestras vidas. En los días siguientes, mientras desandaba la ciudad y hacía los trámites de rigor con Lurima, reviví momentos aletargados con el tiempo junto a la Laguna de los Patos y el parque central de Rio Grande, con sus enormes y contaminados canalones. En un inolvidable recorrido con Wagner Passos, reviví escenas de la playa de Cassino, del puerto viejo y de la barra del morro, donde muchas veces admiré a los leones marinos adormecidos en las piedras.

Al finalizar la tercera semana, esta vez con Diana y Wagner, fuimos a Bagé para dar un curso y reunirme con la rectora de la Universidad Federal de la Pampa. Diana daba clases en una maestría y había implementado la Educación Estético-Ambiental. Junto con Wagner y otros colegas, hacía estudios sobre la interface entre la EEA y las neurociencias, lo cual demostraba la pertinencia de su inclusión en los currículos. Fue una semana de trabajo intenso en la que no tuve bonanza, pero me sentí recompensado con la aprobación de un proyecto docente-educativo que yo le había propuesto a la rectora y que preveía, en algún momento, mi retorno a Brasil.

¿QUIÉN SERÁ EL PRÓXIMO?

Una de las cosas que más me impresionaron en mi breve estancia en Rio Grande fue constatar los cambios en la universidad. Me costaba trabajo creer que se hubiera duplicado en pocos años y que aún siguieran construyendo. No quedaba un sitio donde no se estuviera haciendo algo: un edificio docente, un centro de convivencia, un comedor o un parqueo. Y todo diseñado a partir de un principio estético, que se podía percibir a simple vista.

Embebecido con las novedades y agobiado por los trámites de Lurima en las dependencias de la policía federal y de la universidad, el mes de abril se me fue entre las manos. Casi sin notararlo, llegó el día de la despedida en la estación de ómnibus adonde habían acudido a despedirme Lurima, Diana, Wagner y su papá Luíz. Recuerdo que yo miraba a Lurima a través de la ventanilla del ómnibus y me parecía feliz, lo que me mitigaba el dolor de la separación. Aun así, tuve que bajar la vista para que no me viera llorar... Sabía que tardaría para volver a verla y ya estaba extrañándola. Pero había una razón menos visible para que brotaran mis lágrimas: me despedía de Rio Grande por tercera vez y no sabía si la vida me daría una nueva oportunidad para solazarme en el parque Tamandaré, donde había atenuado la nostalgia con interminables caminatas vespertinas.

Tras el regreso, cuando ya estaba adaptándome a la ausencia de Lurima, un cáncer fulminante mató a Mongo. En el velorio de Roberto, en el año 2005, me había dicho riéndose: “¿Quién será el próximo?” y le respondí, también riendo: “no mires para mí”, sin saber ninguno de los dos que era él... Hoy cuando lo recuerdo, le agradezco que me haya acompañado a Egidio para ver el lugar exacto donde Roberto y yo habíamos nacido. Allí, junto a una cerca de piña que bordea el terraplén de Manaquitas, nos tiramos una foto que conservo con un celo especial pues, justamente allí, existió un bohío donde vivieron y se empobrecieron mis padres. De aquel bohío, solo queda esa foto y un recuerdo que yo comparto con Mongo.

UN VERANO EN EL MAULE

La vida de Lurima en Rio Grande cambió inesperadamente. Antes de terminar el segundo año, se enamoró de un profesor chileno y abandonó la universidad. Sin mi presencia ni la de Mary, tuvo lugar la boda en Pencahue, en la región central de Chile. Eso implicó que renunciara al estipendio y que dejara el apartamento, pues solo volvería a la ciudad para los trámites de la defensa.

Conocimos a Eduardo más de un año después, durante la visita que nos hicieron en el invierno del 2015. Ya en septiembre de 2016, había nacido Olena Alaya, una niña preciosa (rubia y con ojos azules como su mamá) que muy pronto acaparó la atención de la familia. No obstante, su súbita irrupción en la vida de Lurima tuvo efectos negativos en el desarrollo de la tesis, lo que hizo que Mary y yo, como papá y cotutor, viajáramos a Chile a inicios de enero del año 2017. Ese día, cuando llegamos a El Maule de medianoche, la alegría se desbordó en los ojos de Lurima y una nueva historia, con alegrías y tristezas, estaba a punto de comenzar. Mary estaba allí para auxiliarla en el cuidado de Olena, y yo para ayudarla en la tesis cuyo tema tenía que ver con la Educación Estético-Ambiental.

Al principio, me sentí en Chile como en una fiesta. Empecé a recorrer El Maule en largas caminatas: algunas veces con Mary y otras con Lurima, cuando Eduardo estaba en Pencahue. En otras ocasiones, salíamos juntos los cuatro pues Eduardo resultó ser un excelente anfitrión. Así fui conociendo la ciudad de Talca, y un tiempo después casi toda la región central y parte del sur, en un extenso recorrido en auto.

De Chile guardo buenos recuerdos y algunos desasosiegos, casi todos relacionados con la tesis de Lurima. Desde el inicio, Mary y yo nos quedamos prendados de la belleza del paisaje en la estrecha franja de tierra fértil que recorre el país. Los hermosos sembrados de la vid, melocotoneros, manzanos, perales, frambuesos, olivos, nogales, higueras, avellanos y fresales, tapizan el valle entre la cordillera de la costa y la cordillera de los Andes. Por una sinuosa estrada que llega hasta Argentina, vi las especies autóctonas de la flora como la araucaria, y las plantaciones de pinos destinadas a la producción de papel. Según Eduardo, a veces los dueños les prenden fuego para cobrar los seguros, lo que explica el elevado número de incendios que se producen año tras año.

Muchas fotos nos tiramos en los lagos del sur y al pie del imponente volcán Villarrica, cuya cima permanece nevada todo el año. En los caminos que se bifurcan para dar acceso a lujosas haciendas veraniegas, siempre escondidas entre la hirsuta vegetación, Eduardo nos fue ilustrando acerca de los dueños, Entre ellas, la que pertenece a Michele Bachelet. Siguiendo hacia el sur, acampamos en la ciudad mapuche de Temuco, cuya historia siempre me había interesado. Allí visitamos un retiro a cielo abierto y apenas delimitado con una cerca de alambre, donde los descendientes de los aborígenes practican sus ritos ancestrales. En Temuco, percibí la miseria que los va consumiendo y la dignidad de una estirpe que no pudieron doblegar los colonialistas españoles.

Meses después, en un viaje a Santiago donde Lurima tenía un examen de portugués, traté de palpar las huellas de la dictadura de Pinochet. Por suerte, Eduardo había hecho un plan para mostrarnos algunos sitios emblemáticos como el *Mall*, adonde acuden los jóvenes para ver los productos más exóticos que se pueden imaginar, aunque solo al alcance de los ricos. Desde una terraza del *Mall*, observé los edificios de Santiago, algunos ya velados por el smog. Más adelante, impedido de entrar por los carabineros, vi a distancia el Palacio de la Moneda... En silencio, traté de imaginar los acontecimientos del 11 de septiembre que terminaron con la muerte de Allende. Largo rato estuve observando las habitaciones que, tal vez, recorrió ese día y tiré unas fotos para recordarlo.

Otro de los centros famosos por la represión que visité fue la Escuela de Mecánica, en la parte colonial de Santiago. En sus tenebrosas habitaciones, tras la aparente inocencia de su fachada, fueron torturados hasta la muerte muchos revolucionarios,. En la acera, están inscritos los nombres de las víctimas que sus familiares han grabado para la posteridad. Días después, Eduardo me habló sobre los horrores que habían padecido Víctor Jara y Pablo Neruda, entre otros héroes y mártires cuyos nombres aún se desconocen.

OCURRIÓ EN CHILLÁN

Eran inolvidables las caminatas matinales por El Maule, con gruesos abrigos y bufandas de algodón que me prestaba Lurima para protegerme del frío austral: más agresivo por ser más húmedo, que el de Kiev, y el “once” vespertino con abundante té y pan, mantequilla, café, dulces y lonjas de diferentes tipos de embutidos, que aceptaba como excepción en los días de ajeteo. No asimilé, por consideraciones de carácter estético, la uniformidad de las casas de madera antisísmicas que nos rodeaban. Se trata de una tecnología que siguiendo tres o cuatro modelos, que incluyen un espacio para el auto y aceras arboladas, van configurando cuadrículas con paseos peatonales y parques con jardines para ejercicios al aire libre. Todo parecía calculado hasta el detalle en base a una racionalidad cartesiana, y eso me producía una sensación de monotonía que se hacía insoportable. Pensaba que no era un lugar ideal para cultivar el espíritu, en medio de vecinos que vivían encerrados y con los cuales no era posible establecer una relación de empatía.

Quizás lo más trascendente de estancia en El Maule, era el tiempo que disponía para dedicarme en cuerpo y alma a la tesis de Lurima. Por suerte, ella hacía el doctorado en la Educación Estético-Ambiental, cuya teoría y praxis yo había desarrollado en la década del 90 en las universidades de Villa Clara. Así que me instalé en un cobertizo del segundo piso y seguí, paso a paso, el hilo de sus investigaciones. Cada cierto tiempo, bajaba y teníamos acalorados intercambios sobre aspectos puntuales de carácter teórico, metodológico o práctico. Lurima había cursado más de veinte disciplinas (todas con notas de sobresaliente) en el programa de posgrado en la FURG, y dominaba el abecé de mis concepciones estético-ambientales, así que en las discusiones se sentía como un pez en el agua. Habiendo elaborado una metodología para la sensibilización estético-ambiental de los escolares, estudiantes y profesores, Lurima implementó talleres de sensibilización con alumnos del Departamento de Artes Visuales de la Universidad Federal de Rio Grande, así como con los instructores de arte de Manicaragua donde demostró su pertinencia para una formación más integral de los educadores, lo que constituía una novedad científica.

Entre los paseos matinales o vespertinos con Olena, las frecuentes visitas con Eduardo a las universidades de Talca y los acalorados intercambios con Lurima, fue acercándose el

día de la partida marcado en el pasaje de Copa Airlines. Sin embargo, la tesis estaba tan adelantada que Lurima podía defender en el tiempo programado de inicio. Y así lo hizo con *Louvour* solo unos meses después de haberme ido. Por cierto, fue la única vez que vi dar esa evaluación a una tesis de doctorado en mis dos estancias en la FURG.

No olvido de Chile dos de los sustos más grandes de mi vida. En el viaje de ida hacia las regiones del sur, a más de cien kilómetros por la autopista, explotó una goma del auto. Por suerte, era de las traseras y Eduardo pudo controlar el auto y aparcar en una orilla para sustituirla por una de repuesto. Más adelante, en un garaje de Chillán, sustituyó las ruedas delanteras por otras de la marca *Goodyear*. “Ahora no tendremos más problemas con los zapatos”, me dijo y así fue. Sin embargo, no iba a ser el único susto del viaje. Los incendios, que habían consumido gran parte de los bosques de pino, avanzaban hacia el norte, y una espesa humareda apenas nos dejaba respirar. Sentíamos un poco de alivio solo en las cafeterías con aire acondicionado que, a la vera de la autopista, ofrecen servicios a los viajeros. Eduardo callaba, pero había subido los cristales y aun así el humo se colaba y dificultaba la respiración. El susto fue grande y se prolongó por el resto del viaje, pues la candelada (muchas veces provocada por los emporios forestales para cobrar el seguro ante la invasión de la polilla *sireh* que arrasaba los bosques), llegó hasta las colinas de El Maule.

A pesar del maravilloso recorrido por las regiones del sur y las caminatas bajo el viento helado de la cordillera de la costa, me fui de Chile con la convicción de que no es un lugar donde quisiera vivir. Además, me entristece pensar que es un país rico donde impera la desigualdad social y la vida se ha banalizado, dos razones para rechazar un destino que no merece la generación de Olena.

CUANDO LLEGA EL OCASO

Al regresar a Cuba, en julio de 2017, me esperaban varias sorpresas. Por tercera vez fui nominado al Premio Nacional de Pedagogía, el proyecto Educar para el bien y la belleza se había consolidó en la provincia y vio la luz mi ensayo *Hacia una estética de la convivencia*, con ilustraciones de Pedro Méndez. Poco después vio la luz *La transdisciplinariedad en la educación*, en coautoría con Lurima, publicado por la Editora de la Universidad Federal de Rio Grande y la Editorial Universitaria Félix Varela. A mediados de 2019, dicha Editorial publicó mi ensayo *Por las leyes de la belleza y La Educación Estético-Ambiental*, basado en la tesis de doctorado de Lurima. Para colmar mi felicidad, cinco de mis libros estaban en el plan editorial del 2020.

Como colofón de las sorpresas, el 16 de enero de 2019 en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el presidente de la Asociación de Pedagogos de Cuba (APC) me entregó el Premio Nacional de Pedagogía: un galardón que solo habían recibido una veintena de pedagogos del país, encabezados por Fidel. Más que como un reconocimiento, lo percibí como un milagro de la Revolución, capaz de premiar al hijo de un campesino pobre que había convertido en profesor universitario y en filósofo de la educación. Colgar mi foto junto a la de Fidel en la sede de la APC en La Habana era la mayor gloria a la que podía aspirar, y la asumí con la humildad que Martí quiso inculcarnos cuando dijo: “toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz”.

Pero el 2019 me trajo tres alegrías. En el marco de la XXVIII Feria Internacional del Libro, la Editorial Félix Varela me otorgó la Distinción “Autor Ilustre” en una sencilla ceremonia en su sede, y un mes más tarde, en un escenario semejante en Santa Clara, recibí un homenaje del Sectorial Provincial de Cultura y de los organizadores de la feria, a la que asistieron Selva Dolores y Juan Virgilio López Palacio, dos de los premios nacionales que me habían antecedido. La tercera alegría me llegó desde Chile: resulta que Lurima había decidido radicar en Santa Clara para apoyarme en el trabajo estético-ambiental e impartir talleres de sensibilización: el centro actual de sus investigaciones. Volver a los intercambios con Lurima y ver crecer a Olena, era un premio adicional que iba a recibir el fin de año.

Fue cuando percibí que, en razón de la edad, algo había empezado a cambiar en mi cuerpo... ¡Al parecer, la irrupción intempestiva del ocaso! A partir de junio se resquebrajó

mi salud y nunca he logrado recuperarme del todo. Mary ha realizado una proeza y, con su ayuda, pude superar los golpes no esperados de la vida. En medio de incontables consultas, exámenes y tratamientos, he ido concluyendo este libro postergado ya por muchos años. Imbuido de una máxima de la Madre Teresa de Calcuta, me dispongo a defender la vida hasta la última esperanza, y espero que la naturaleza me permita disfrutar de la paz de la casa y ver los frutos de la educación estético-ambiental, sin duda un imperativo para que las jóvenes generaciones alcancen el peldaño más alto de la especie humana, un sueño al que no puede renunciar el *hombre sabio*.

A ese empeño, dedicaré mis últimas energías.

Cuando me disponía a cerrar el libro, recibí la noticia sobre un nuevo coronavirus (el sarcs-CoV-2) que estaba asolando a la ciudad china de Wuhan. Cuando eso, no se conocía la magnitud de la tragedia que iba a ocasionar, ni cuándo iba a terminar. De algo sí había un presentimiento: que a partir de Wuhan todo sería distinto.

En un abrir y cerrar de ojos, la covid-19 se expandió por el mundo y las morgues no daban abasto para dar cobijo a las víctimas. Niños, mujeres y hombres; pobres y ricos; negros y blancos; homosexuales y heterosexuales; analfabetos e ilustrados, todos por igual fueron asediados y muchos no lograron sobrevivir al infortunio. Políticos y economistas insistían en el efecto dominó sobre la economía mundial, la política internacional y la estabilidad de las naciones, y ante la ola de solidaridad que despertó en la comunidad internacional, algunos vaticinaron la aproximación del fin del neoliberalismo como panacea para los males de la humanidad.

Nunca había recordado tanto a Boccaccio, desde la época en que impartía literatura de la Edad Media en la Escuela de Letras, como aislado entre las cuatro paredes de la casa. Rodeado de arecas, crotos, marpacíficos, nomeolvides, begonias, malangas, helechos y lirios, vivencí en el patio esa embriaguez de la vida bucólica que seguramente sienten los jóvenes cuando se alejan de la ciudad para dar rienda suelta a ese impulso vital que se rebela ante la amenaza de la muerte. ¡Nunca se hizo tan palpable la desolación de la especie más “sabia” del Universo, ni tan indescifrable el futuro! Si hay recuerdos que queman, como dijo Martí, el de la pandemia es uno de ellos.

Vivimos días inciertos y solo la resiliencia y el optimismo pueden salvarnos. No desconozco el peligro: glaucomatoso desde los treinta años, hipertenso desde los cuarenta, con diabetes mellitus desde los sesenta y con un carcinoma prostático desde los setenta y tres, no son halagüeñas mis expectativas de vida. Sin embargo, no he perdido las ansias de vivir ni el optimismo... Mientras pueda escribir, deleitarme con las flores en las matas del patio y sentir el abrazo del sol a través de las ventanas, seguiré soñando con un mundo mejor donde, a pesar de las diferencias, todos podamos ser felices. Desandando mi ya larga vida (acabo de cumplir setenta y ocho años), podría decir como Pablo Neruda: “Confieso que he vivido”.

Quiero concluir el libro con otra confesión: las palabras de Nikolai Ostrovski vienen a mi mente cuando intento, quizás con la ingenuidad del adolescente que fui, apresar la vida en un recuerdo... Nunca las olvido, como quiso Valentina, ante un futuro que cada día se torna más incierto. Parfraseando a un gran poeta, para mí no hay otra alternativa que morir como viví...

GALERÍA DE FOTOS



Con mi papá, en los días de la construcción de la casa.



Mi mamá, ya convaleciente.



Con traje, durante la visita a Felina.



Con Lurima, en los alrededores de Santa Clara.



Con Renecito, en su primer cumpleaños.



Con Hilda y La Niña, el día de la boda.



Con Elsa, La Niña y Roberto en Cruces.



Con Mary, los nietos y familiares.



Con Francisco, Tomasa y Franklin en Boquerones.



En el Museo de la Alfabetización.



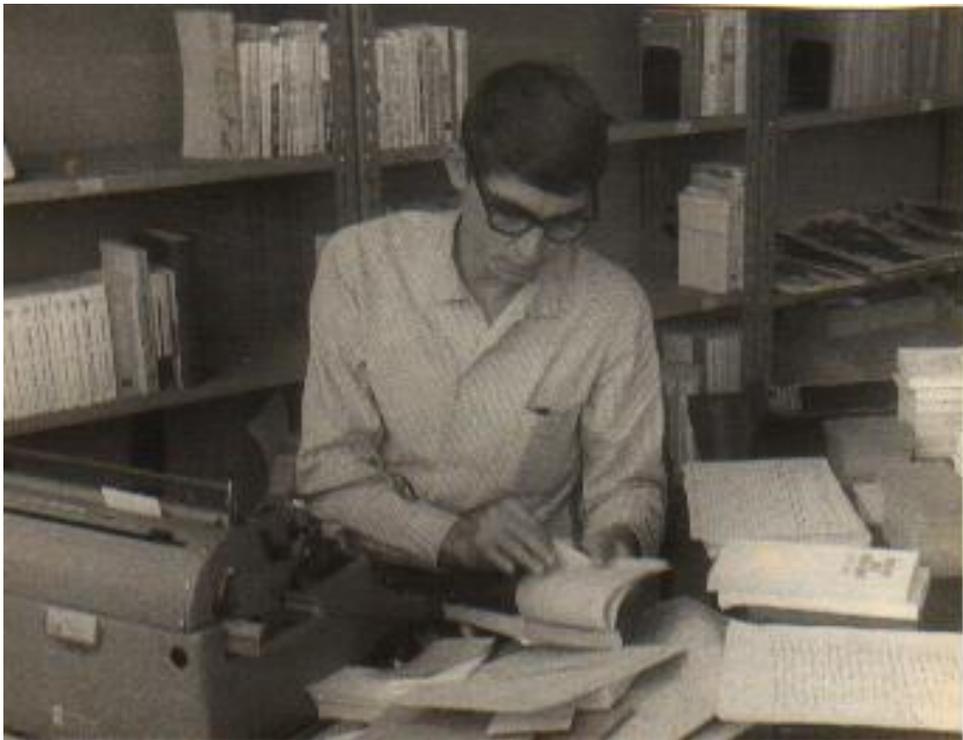
Valentina con un traje de miliciana.



Con los compañeros, en Gorki.



En el ejército, con traje verdeolivo.



En la biblioteca de la Universidad Central de Las Villas.



En un alto de la caminata por el Centenario de la caída en combate de Carlos Manuel de Céspedes.



En la convocatoria del concurso literario Abel Santamaría, en 1975.



Con Marcelo Portal en Kiev, en el invierno de 1984.



Con los oponentes tras la defensa, en 1987.



En la inauguración de una subse de del CELE en la UANL, en 1992.



En la Sala de permanencia en la FURG, en 2001.



En el Seminario Internacional de la Región Sur de Brasil en Pelotas, en 2001.



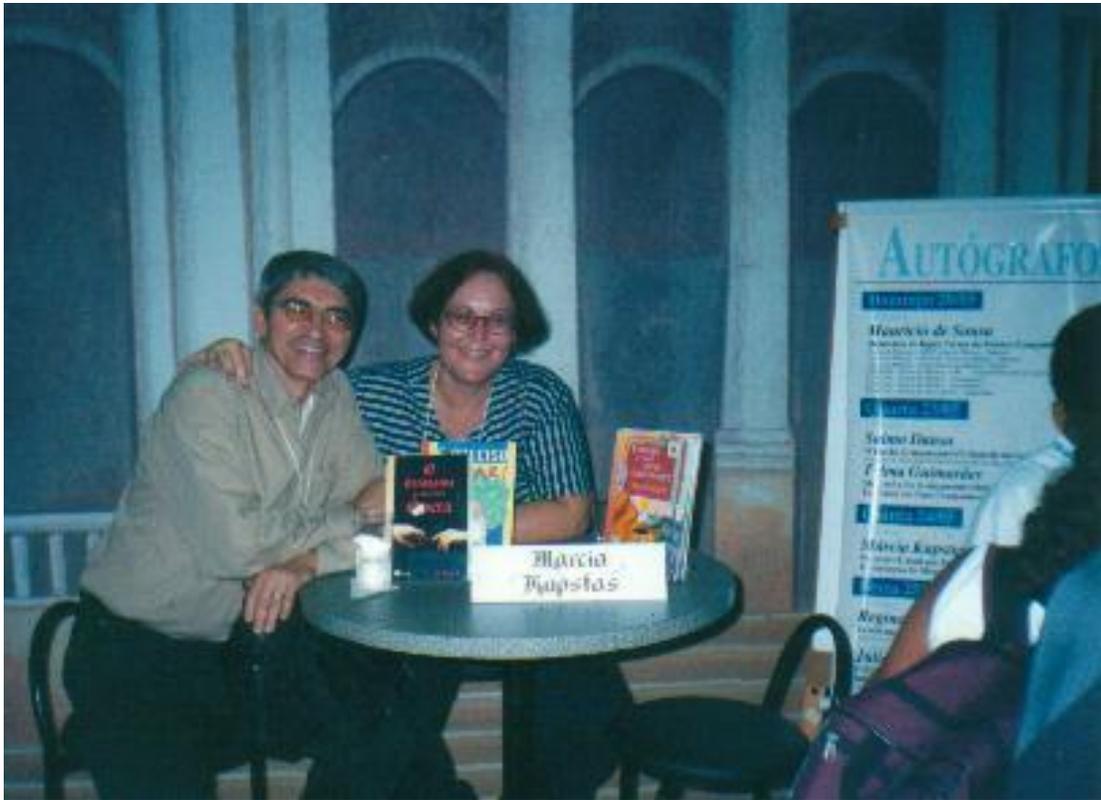
Con discípulas en un seminario de Estética en San Lorenzo, en 2001.



En una conferencia en Santa Vitória do Palmar, en 2001.



Con Aimée G. Bolaños, Elena Palmero y Soledad Lopes en Rio Grande, en 2001.



Con Marcia Kupstas en la X Feria Internacional del Libro de Rio de Janeiro.



Con Nelson Rodrigues Filho en la Radio Carioca, en 2001.



Con el rector y vicerrectores de la Universidad Católica de Pelotas, en 2002.



Con la familia del editor Fábio Campana en las afueras de Curitiba, en el 2003.



Con Mary en la inauguración de la casa, en 2003.



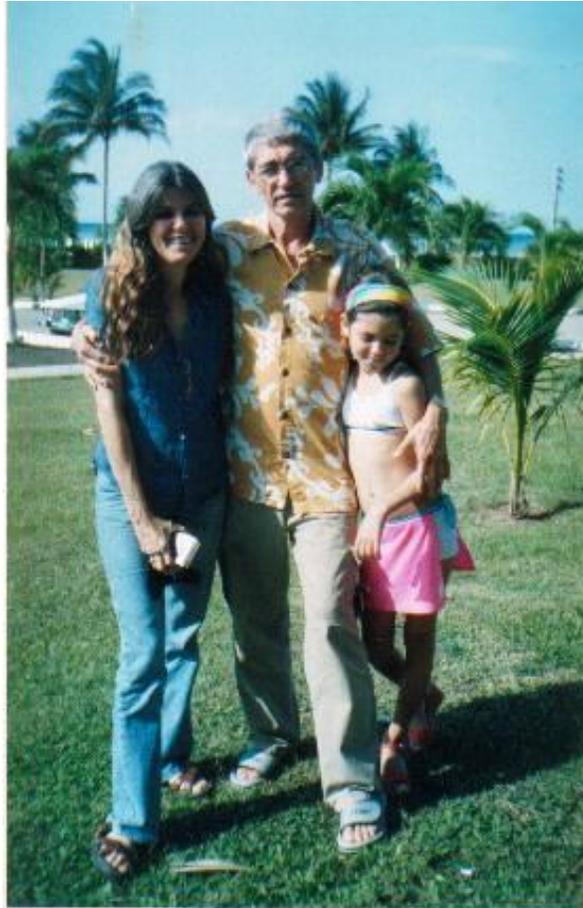
En un desfile por el Primero de Mayo en la Ciudad del Che.



En la presentación de *Linda en La Ciudad del Sol* en la librería Pepe Medina.



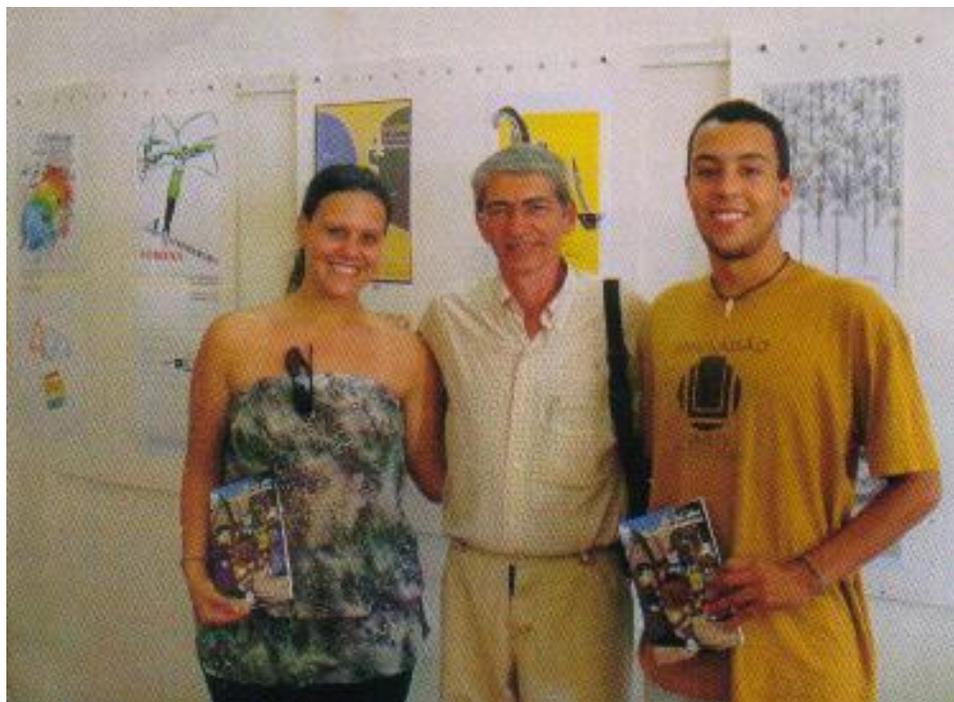
Con Joel Franz Rosell y Luis Cabrera en Sancti Spíritus, en 2004.



Con Teresa Melo en Bahía Honda, en 2007.



Con Enid Vian, Celima Bernal y Nelson Simón en Bahía Honda, en 2007.



Con Diana y Wagner en la Feria Internacional del Libro, en 2007.



Con escritores en El Cobre.



Con artistas y escritores de Villa Clara, en 2006.



Con alumnos de la ciudad de San Carlos, Uruguay.



En una zona de ritual guillatún mapuche en Coñaripe (Chile, en 2017).



En Londres 38, centro de tortura en Santiago de Chile, en 2017.



Con Selva Dolores y Juan V. López Palacio, en febrero de 2019.



Con Doris Madruga en la 28ª. Feria del Libro en Santa Clara, en 2019.



Con Lurima y Olena en el patio, en tiempos de coronavirus.

ÍNDICE

Vagos recuerdos de Arroyo del Medio /5
Fulla Honda /7
Una foto y una cerca de piña /9
San Gil /10
Las Margaritas, el Macondo de mi infancia /11
Después del asalto al Cuartel Moncada /13
Hijitos, ¿cuándo volveremos a Santa Clara? /15
Luminosamente surge la mañana /17
Quizá en lo adelante todo sea más difícil /20
Por llanos y montañas /22
Adiós a la adolescencia /24
El Pico Turquino /27
La vida se le entrega al hombre una vez /29
Traductor Militar /30
Los años duros /33
Un recuerdo alegre y uno triste /35
Días maravillosos de la juventud /37
El amor por la sabiduría /40
Profesor universitario /41
Moscú, mi amor /43
Los viejos paredones de Kiev /45
Chernóbil, la ilusión de la existencia /47
La Perestroika /49
Las razones del corazón /51
Desolación, infortunio y desesperanza /53
Un pájaro en el cielo /55
Desde entonces vive en <i>Linda</i> /57
Un giro de trescientos sesenta grados /59
Los atoles de Tía Andrea /62
La utopía estético-ambiental /64

El último Fin de Año /66
Dos sucesos importantes /68
¿Quién será el próximo? /70
Un verano en El Maule /71
Ocurrió en Chillán /73
Cuando llega el ocaso /75
La vida en un recuerdo /77
Galería de fotos /79